LIBRO 2

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

EL DIOS QUE NADIE INVENTÓ

SU NATURALEZA, SUS ATRIBUTOS Y SU GOBIERNO SOBERANO



ROGER D. MUÑOZ

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA
LIBRO 2

EL DIOS QUE NADIE INVENTÓ

Su naturaleza, sus atributos y su gobierno soberano

Roger D. Muñoz

Edición digital gratuita

EL DIOS QUE NADIE INVENTÓ

Su naturaleza, sus atributos y su gobierno soberano

Roger D. Muñoz · Editorial Cristo Libera

Este libro se comparte gratuitamente en PDF. Se autoriza su distribución íntegra entre familiares, amigos, congregaciones y grupos de estudio, conservando el nombre del autor y los créditos de la obra.

La venta, la modificación o la reproducción parcial con fines comerciales requieren autorización del titular de los derechos.

Esta edición conserva el prólogo, la introducción, los diez capítulos y los textos complementarios del libro original.

Ministerio Cristo Libera Internacional: www.cristolibera.org

Instituto: www.cristoliberainstitute.org

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Contenido

Prólogo 6

Introducción 13

CAPÍTULO 1 EL DIOS QUE EXISTÍA ANTES DEL PRINCIPIO 25

Antes de que hubiera algo, Dios era

CAPÍTULO 2 EL DIOS QUE ESTÁ EN TODAS PARTES Y NO ABANDONA A LOS SUYOS 56

La noche en que Jacob pensó que estaba solo

CAPÍTULO 3 EL DIOS QUE NUNCA APRENDE NADA NUEVO 91

Cuando Dios ya sabe lo que nosotros apenas estamos descubriendo

Contenido · continuación

CAPÍTULO 4 EL DIOS TODOPODEROSO: CUANDO NADA ES IMPOSIBLE PARA ÉL 116
El momento en que Abraham escuchó algo imposible

CAPÍTULO 5 EL DIOS SANTO: CUANDO LA GLORIA REVELA NUESTRA CONDICIÓN 137
El día en que Isaías dejó de mirar a los demás

CAPÍTULO 6 EL DIOS JUSTO: CUANDO EL MAL NO QUEDA SIN RESPUESTA 153
La pregunta que nace cuando vemos sufrir al inocente

CAPÍTULO 7 EL DIOS QUE ES AMOR: MUCHO MÁS QUE UNA EMOCIÓN 182
La palabra que todos usan, pero no todos entienden

CAPÍTULO 8 UN SOLO DIOS: PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO 217
El misterio que no inventamos

Contenido · continuación

CAPÍTULO 9 EL DIOS SOBERANO: CUANDO EL TRONO NUNCA ESTÁ VACÍO 229

Cuando todo parece fuera de control

CAPÍTULO 10 EL DIOS FIEL: CUANDO SUS PROMESAS NO FALLAN 241

La espera que parecía demasiado larga

PRÓLOGO

Antes de hablar de Dios, debemos aprender a escucharlo

Hay una pregunta más importante que todas las demás.

Más importante que preguntar qué quiero hacer con mi vida.

Más importante que preguntar cuál es mi propósito.

Más importante que preguntar por qué estoy sufriendo.

Más importante que preguntar qué ocurrirá mañana.

La pregunta es:

¿Quién es Dios?

Parece una pregunta sencilla.

Pero la respuesta que demos determinará prácticamente todo lo demás.

La manera en que oramos.

La manera en que enfrentamos el sufrimiento.

La manera en que entendemos la salvación.

La manera en que tratamos a otras personas.

La manera en que ejercemos autoridad.

La manera en que enfrentamos el miedo.

La manera en que servimos.

La manera en que adoramos.

La manera en que vivimos.

Porque nadie puede relacionarse correctamente con un Dios que conoce equivocadamente.

Podemos usar el nombre de Dios y, sin embargo, haber construido en nuestra mente una imagen de Él que no corresponde a quien realmente es.

Podemos cantar.

Podemos orar.

Podemos predicar.

Podemos tener años dentro de una iglesia.

Y todavía necesitar conocer mejor a Dios.

Ese es el propósito de este libro.

No vamos a intentar encerrar a Dios dentro de definiciones humanas.

Eso sería imposible.

No vamos a construir una idea de Dios según nuestras preferencias.

No vamos a decidir cómo nos gustaría que Dios fuera.

Vamos a acercarnos a las Escrituras para escuchar cómo Dios se ha revelado.

Porque Dios no necesita que nosotros lo inventemos.

Él ya se ha dado a conocer.

El dios que fabricamos y el Dios que se revela

El ser humano tiene una tendencia peligrosa.

Quiere un dios que pueda controlar.

Un dios que nunca confronte.

Un dios que siempre esté de acuerdo con sus decisiones.

Un dios que bendiga sus planes sin preguntar por su voluntad.

Un dios que perdone, pero nunca juzgue.

Un dios que dé, pero nunca demande.

Un dios que proteja, pero nunca gobierne.

Un dios que escuche, pero ante quien nadie tenga que rendir cuentas.

Ese dios es cómodo.

Pero tiene un problema.

No existe.

Es una construcción humana.

Un ídolo no tiene que ser necesariamente una estatua de piedra o madera.

También podemos fabricar ídolos con ideas.

Podemos tomar algunas características de Dios que nos gustan, eliminar las que nos incomodan y construir una versión de Dios adaptada a nuestros deseos.

Decimos:

“Mi Dios nunca haría eso”.

Pero la pregunta es:

¿El Dios de quién?

¿El Dios revelado en las Escrituras?

¿O el dios que hemos diseñado en nuestra imaginación?

Esta diferencia es fundamental.

No somos nosotros quienes definimos a Dios.

Dios se revela a nosotros.

El día en que Moisés preguntó por su nombre

Moisés estaba delante de una zarza que ardía y no se consumía.

Había pasado años en el desierto.

Había salido de Egipto.

Su vida parecía haber tomado una dirección completamente diferente a la que alguna vez imaginó.

Pero Dios lo llamó.

Lo llamó por su nombre.

Y le dio una misión que parecía imposible.

Volver a Egipto.

Enfrentar a Faraón.

Sacar al pueblo de la esclavitud.

Moisés preguntó:

“He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?”

Éxodo 3:13.

La respuesta de Dios es una de las declaraciones más profundas de toda la Escritura:

“YO SOY EL QUE SOY”.

Éxodo 3:14.

Dios no dijo:

“Yo soy lo que ustedes necesitan que sea”.

No dijo:

“Yo soy lo que cada cultura decida creer”.

No dijo:

“Yo soy producto de la imaginación religiosa”.

Dijo:

YO SOY.

Él existe por sí mismo.

No depende de nadie.

No fue creado.

No comenzó.

No necesita apoyo externo para continuar existiendo.

Todo depende de Él.

Él no depende de nada.

Antes de que hubiera universo, Dios era.

Antes de que existieran ángeles, Dios era.

Antes de que existiera tiempo como nosotros lo experimentamos, Dios era.

Antes de la primera oración humana, Dios era.

Antes de la primera iglesia, Dios era.

Antes de que alguien creyera en Él, Dios era.

Y si toda la creación desapareciera, Dios seguiría siendo Dios.

Este libro comienza allí.

No con nosotros.

Con Él.

INTRODUCCIÓN

CONOCER A DIOS CAMBIA TODO

Había una vez un hombre que durante años escuchó hablar de un rey.

Le contaron que era poderoso.

Le dijeron que gobernaba una tierra inmensa.

Escuchó historias acerca de su justicia.

Otros le hablaron de su misericordia.

Algunos lo describieron como temible.

Otros como bondadoso.

El hombre acumuló muchas opiniones acerca del rey.

Podía repetir historias.

Podía discutir acerca de su gobierno.

Incluso podía corregir a otros cuando hablaban incorrectamente sobre él.

Pero nunca había estado delante del rey.

Un día recibió una invitación.

La puerta del palacio se abrió.

Entró.

Y cuando estuvo frente al rey, comprendió algo:

Una cosa era saber cosas acerca de él. Otra cosa era conocerlo.

Algo semejante puede ocurrir en la vida cristiana.

Podemos saber cosas acerca de Dios.

Sabemos que es poderoso.

Sabemos que es amor.

Sabemos que creó el mundo.

Sabemos que responde oraciones.

Sabemos que envió a su Hijo.

Pero una pregunta permanece:

¿Conocemos realmente al Dios de quien hablamos?

Jeremías escribió:

"Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová".

Jeremías 9:24.

Dios quiere ser conocido.

No completamente comprendido, porque nuestra mente finita jamás puede abarcar al Dios infinito.

Pero sí verdaderamente conocido.

Hay una diferencia entre no poder conocerlo exhaustivamente y no poder conocerlo realmente.

Nunca sabremos todo acerca de Dios.

Pero podemos conocer verdaderamente lo que Él ha revelado de sí mismo.

Y eso es suficiente para transformar una vida.

Una doctrina que debe llevarnos de rodillas

La doctrina de Dios no debería producir solamente apuntes.

Debería producir adoración.

Cuando Isaías vio al Señor alto y sublime, no pidió inmediatamente una explicación teológica.

Dijo:

"¡Ay de mí! que soy muerto".

Isaías 6:5.

Cuando Job tuvo un encuentro más profundo con la grandeza de Dios, declaró:

"De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven".

Job 42:5.

Cuando Juan vio la gloria del Cristo resucitado, cayó a sus pies como muerto.

Apocalipsis 1:17.

La verdadera teología no hace al ser humano más grande.

Le muestra cuán grande es Dios.

No produce arrogancia.

Produce reverencia.

No nos lleva a decir:

“Miren cuánto sé”.

Nos lleva a decir:

“Santo, santo, santo”.

Por eso este libro no será solamente un recorrido por palabras como omnipotencia, omnisciencia, eternidad, santidad, justicia y soberanía.

Queremos comprenderlas.

Pero también queremos preguntarnos:

¿Qué significa para mi vida que Dios sea santo?

¿Qué cambia en mi miedo si Dios es soberano?

¿Qué ocurre con mi ansiedad cuando comprendo que Dios conoce todas las cosas?

¿Qué sucede con mi orgullo cuando recuerdo que Dios no me necesita, pero decidió amarme?

¿Qué pasa con mi oración cuando comprendo que estoy hablando con el Rey del universo?

¿Qué ocurre con mi ministerio cuando recuerdo que la obra pertenece a Dios y no a mí?

La doctrina debe llegar a la vida.

El problema de un Dios pequeño

Muchos problemas espirituales comienzan con una visión demasiado pequeña de Dios.

Cuando nuestro problema parece más grande que Dios, aparece la desesperación.

Cuando el enemigo parece más grande que Dios, aparece el miedo.

Cuando nuestras capacidades parecen más importantes que la gracia de Dios, aparece el orgullo.

Cuando creemos que Dios no ve, aparece la tentación de vivir una doble vida.

Cuando creemos que Dios no gobierna, intentamos controlarlo todo.

Cuando olvidamos su santidad, comenzamos a tratar el pecado como algo pequeño.

Cuando olvidamos su misericordia, pensamos que no hay esperanza para nosotros.

Cuando olvidamos su justicia, creemos que el mal quedará para siempre sin respuesta.

Una doctrina equivocada acerca de Dios termina produciendo una vida equivocada.

Por eso conocer a Dios no es un lujo académico.

Es una necesidad espiritual.

No estudiaremos un concepto, sino al Dios vivo

Hay que decirlo desde el principio.

Dios no es una energía.

No es una fuerza impersonal.

No es “el universo”.

No es una proyección de la conciencia humana.

No es una idea religiosa creada para explicar lo desconocido.

Dios es Dios.

Vivo.

Personal.

Santo.

Eterno.

Inteligente.

Libre.

Justo.

Amoroso.

Poderoso.

Presente.

Soberano.

Él habla.

Él ama.

Él juzga.

Él promete.

Él cumple.

Él gobierna.

Él salva.

Y las Escrituras no comienzan intentando demostrar su existencia mediante una larga discusión filosófica.

Comienzan diciendo:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Génesis 1:1.

Dios ya está allí.

Antes del principio.

Antes de la creación.

Antes del hombre.

La Biblia comienza con Dios porque toda doctrina cristiana comienza con Dios.

El camino que recorreremos

En las páginas siguientes vamos a acercarnos a preguntas fundamentales.

¿Podemos conocer a Dios?

¿Qué significa que Dios exista por sí mismo?

¿Qué significa que sea eterno?

¿Cómo puede estar presente en todas partes?

¿Qué significa que lo sepa todo?

¿Puede Dios hacer cualquier cosa?

¿Por qué la santidad es central en su naturaleza?

¿Cómo se relacionan su amor y su justicia?

¿Qué significa que Dios sea uno y, sin embargo, Padre, Hijo y Espíritu Santo?

¿Cómo gobierna Dios la creación?

¿Qué significa realmente su soberanía?

¿Dónde está Dios cuando ocurre el sufrimiento?

¿Cómo se relacionan la soberanía divina y la responsabilidad humana?

No todas estas preguntas son fáciles.

Pero necesitamos enfrentarlas.

Porque una Iglesia que no conoce a Dios puede terminar hablando mucho acerca de sí misma.

De sus sueños.

De sus proyectos.

De sus conquistas.

De sus enemigos.

De sus problemas.

De sus necesidades.

Pero el centro de la fe cristiana no somos nosotros.

Es Dios.

Una invitación antes de comenzar

Antes de entrar al primer capítulo, quiero invitarlo a hacer algo.

Deje por un momento a un lado la imagen de Dios que ha construido durante los años.

No estoy diciendo que todo lo que ha aprendido sea incorrecto.

Estoy diciendo que debemos permitir que la Escritura examine incluso nuestras ideas más antiguas.

Pregunte:

¿Mi concepto de Dios viene realmente de la Biblia?

¿He enfatizado algunos atributos y olvidado otros?

¿Conozco a un Dios de amor, pero he olvidado su santidad?

¿Conozco a un Dios soberano, pero he olvidado su cercanía?

¿Hablo de su poder, pero vivo como si todo dependiera de mí?

¿Hablo de su conocimiento, pero escondo áreas de mi vida como si Él no pudiera verlas?

Entremos a este estudio con humildad.

Porque no estamos estudiando una cosa.

Estamos estudiando lo que Dios ha revelado acerca de sí mismo.

Y toda tierra se vuelve santa cuando Dios se da a conocer.

CAPÍTULO 1

EL DIOS QUE EXISTÍA ANTES DEL PRINCIPIO

Antes de que hubiera luz, Dios era.

Antes del primer amanecer, Dios era.

Antes de que existieran estrellas, galaxias, ángeles, seres humanos o tiempo medido por relojes y calendarios, Dios era.

No hubo un momento en que Dios comenzara a existir.

Esta verdad es difícil para nuestra mente.

Porque todo lo que conocemos tiene un comienzo.

Una persona nace.

Un edificio se construye.

Una nación se funda.

Una estrella se forma.

Un proyecto comienza.

Un libro tiene una primera página.

Pero cuando preguntamos:

¿Quién creó a Dios?

La pregunta parte de una categoría equivocada.

Porque Dios no pertenece a la clase de seres creados.

Él es el Creador.

Y allí comienza nuestro viaje para conocer al Dios que nadie inventó.

CAPÍTULO 1

EL DIOS QUE EXISTÍA ANTES DEL PRINCIPIO

Antes de que hubiera algo, Dios era

Antes de que hubiera luz, Dios era.

Antes del primer amanecer, Dios era.

Antes de que existieran estrellas, galaxias, ángeles, seres humanos o tiempo medido por relojes y calendarios, Dios era.

No hubo un momento en que Dios comenzara a existir.

Esta verdad es difícil para nuestra mente.

Porque todo lo que conocemos tiene un comienzo.

Una persona nace.

Un edificio se construye.

Una nación se funda.

Una estrella se forma.

Un proyecto comienza.

Un libro tiene una primera página.

Nuestra mente está acostumbrada a preguntar:

¿Cuándo comenzó?

¿Quién lo hizo?

¿De dónde vino?

¿Qué había antes?

Estas preguntas funcionan cuando hablamos de cosas creadas.

Pero cuando hablamos de Dios, entramos en una realidad completamente diferente.

Por eso, cuando alguien pregunta:

¿Quién creó a Dios?

La pregunta parece profunda, pero parte de una categoría equivocada.

Porque Dios no pertenece a la clase de seres creados.

Él es el Creador.

Y allí comienza nuestro viaje para conocer al Dios que nadie inventó.

1. La Biblia comienza donde nosotros debemos comenzar

Las primeras palabras de la Biblia dicen:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Génesis 1:1.

Observe algo.

La Biblia no comienza diciendo:

“En el principio apareció Dios”.

Tampoco dice:

“En el principio fue creado Dios”.

Ni siquiera comienza con una larga explicación intentando demostrar que Dios existe.

Dice:

“En el principio creó Dios”.

Cuando comienza el principio, Dios ya está allí.

Antes de la primera palabra humana, Dios era.

Antes de la primera oración, Dios era.

Antes de la primera iglesia, Dios era.

Antes del primer ángel, Dios era.

Antes del universo, Dios era.

La creación tiene un comienzo.

Dios no.

El tiempo creado tiene un comienzo.

Dios no.

La materia tiene un comienzo.

Dios no.

Esta verdad establece una diferencia absoluta entre Dios y todo lo demás.

De un lado está el Creador.

Del otro lado está todo lo creado.

Nosotros pertenecemos al segundo grupo.

Él no.

2. Moisés y la pregunta por el nombre

Moisés estaba en el desierto.

Su vida había cambiado completamente.

Había crecido en Egipto.

Había conocido los privilegios del palacio.

Había intentado actuar con sus propias fuerzas.

Había huido.

Ahora cuidaba ovejas.

Probablemente pensó que los grandes capítulos de su vida habían terminado.

Pero un día vio algo extraño.

Una zarza ardía.

Pero no se consumía.

Moisés se acercó.

Y Dios lo llamó:

"¡Moisés, Moisés!"

Éxodo 3:4.

Dios le ordenó regresar a Egipto.

Moisés comenzó a hacer preguntas.

¿Quién soy yo?

¿Qué voy a decir?

¿Qué ocurrirá si no me creen?

Y entonces preguntó por el nombre de quien lo enviaba.

La respuesta fue:

"YO SOY EL QUE SOY".

Éxodo 3:14.

No podemos pasar rápidamente sobre estas palabras.

Dios está revelando algo fundamental acerca de sí mismo.

Él es.

Su existencia no viene de otro.

No depende de una fuente externa.

No recibió vida.

No necesita que alguien lo sostenga.

Él simplemente es.

3. Nosotros recibimos la vida; Dios la tiene en sí mismo

Cada ser humano depende.

Aunque seamos fuertes, dependemos.

Dependemos del aire.

Del agua.

De alimento.

De temperatura adecuada.

De condiciones físicas específicas.

Nuestro corazón debe continuar latiendo.

Nuestros pulmones deben continuar funcionando.

Nuestro cerebro necesita oxígeno.

Podemos sentirnos independientes, pero nuestra independencia es una ilusión.

Una persona poderosa puede dejar de respirar en minutos.

Un multimillonario no puede comprar un minuto de vida cuando llega su hora.

Un presidente no puede ordenar a su corazón que nunca deje de latir.

Un científico puede estudiar la vida, pero no puede hacerse eterno.

Nosotros recibimos la vida.

Pero Jesús dijo acerca del Padre:

“Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo”.

Juan 5:26.

Dios tiene vida en sí mismo.

No la toma prestada.

No la recibe de una fuente superior.

No existe un depósito de energía fuera de Dios que lo mantenga funcionando.

Él es la fuente.

Nosotros bebemos del río.

Él es la fuente del río.

Nosotros recibimos el aliento.

Él da el aliento.

Nosotros existimos porque Él quiere.

Él existe por la necesidad de su propia naturaleza eterna.

4. La autosuficiencia de Dios

Hay una palabra teológica que describe esta verdad: **aseidad**.

La palabra puede parecer complicada, pero la idea es profunda y hermosa.

Significa que Dios existe por sí mismo y no depende de nada fuera de Él.

Dios no creó al ser humano porque estuviera solo y desesperado.

No creó ángeles porque necesitara ayudantes.

No creó el universo porque le faltara entretenimiento.

No nos salvó porque necesitara aumentar su valor.

Dios es completamente suficiente en sí mismo.

Pablo dijo en Atenas:

“Ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas”.

Hechos 17:25.

Lea cuidadosamente.

Dios no necesita algo de nosotros.

Nosotros necesitamos todo de Él.

Esta verdad golpea directamente el orgullo religioso.

A veces servimos como si Dios estuviera desesperado por encontrar a alguien tan talentoso como nosotros.

Actuamos como si el Reino dependiera de nuestra presencia.

Como si la obra de Dios fuera a detenerse si nosotros no estamos.

Como si Dios hubiera tenido mucha suerte al encontrarnos.

Pero no.

Dios puede usarnos.

Dios quiere usarnos.

Dios nos llama.

Dios nos da dones.

Dios nos permite participar en su obra.

Pero sigue siendo Dios sin nosotros.

Nosotros no podemos ser nada sin Él.

5. El privilegio de ser necesarios sin ser indispensables

Esta verdad no disminuye nuestro valor.

Lo coloca en el lugar correcto.

Hay una diferencia entre ser amado y ser indispensable.

Dios nos ama.

Pero no depende de nosotros.

Y eso es una buena noticia.

Porque si el cumplimiento del propósito de Dios dependiera finalmente de nuestra perfección, todo estaría perdido.

Moisés falló.

David falló.

Pedro falló.

Los discípulos huyeron.

Pablo necesitó gracia.

Todos los grandes hombres y mujeres usados por Dios fueron seres humanos dependientes.

La obra continuó porque Dios permaneció fiel.

Eso nos libera de dos peligros.

El primero es el orgullo:

“Todo depende de mí”.

El segundo es la desesperación:

“Como fallé, Dios ya no puede hacer nada”.

Ambas ideas colocan al ser humano en el centro.

Pero Dios sigue siendo Dios.

Él puede levantar.

Corregir.

Restaurar.

Reemplazar.

Redirigir.

Abrir otra puerta.

Levantar otra generación.

Su propósito no está sostenido por la fragilidad humana.

6. El Dios eterno

Moisés escribió:

“Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”.

Salmo 90:2.

Observe nuevamente el lenguaje.

Antes de los montes.

Antes de la tierra.

Antes del mundo.

Dios es.

Nosotros pensamos en pasado, presente y futuro.

Recordamos ayer.

Vivimos hoy.

Esperamos mañana.

Pero Dios no envejece.

No está más cansado hoy que hace mil años.

No ha perdido capacidad.

No ha aprendido algo que ignoraba.

No está acercándose a la vejez.

No existe una versión joven de Dios y otra anciana.

Dios es eterno.

Isaías dice:

"¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio".

Isaías 40:28.

Qué palabra para una persona cansada.

Usted puede agotarse.

Dios no.

Usted puede llegar al límite de sus fuerzas.

Dios no.

Usted puede necesitar dormir.

Dios no.

El salmista dijo:

“He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel”.

Salmo 121:4.

Cuando usted duerme, Dios continúa siendo Dios.

7. Nuestra vida es breve; Dios permanece

Hay momentos en que necesitamos recordar nuestra pequeñez.

No para vivir deprimidos.

Sino para vivir sabiamente.

Santiago escribió:

“Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece”.

Santiago 4:14.

Una neblina.

Aparece.

Luego desaparece.

Moisés pidió:

“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”.

Salmo 90:12.

¿Por qué esta oración aparece en un salmo que habla de la eternidad de Dios?

Porque cuando vemos la eternidad de Dios, comprendemos la brevedad de nuestra vida.

Y cuando comprendemos la brevedad de nuestra vida, debemos aprender a usarla bien.

No tenemos tiempo infinito.

Hay conversaciones que debemos tener.

Hay personas a quienes debemos perdonar.

Hay una misión que debemos cumplir.

Hay decisiones que no debemos continuar aplazando.

Hay almas que necesitan escuchar el evangelio.

Hay generaciones que debemos formar.

Dios es eterno.

Nosotros vivimos una vida breve sobre la tierra.

Por eso debemos vivir con propósito.

8. Dios no cambia con las épocas

Las generaciones cambian.

Las culturas cambian.

Los gobiernos cambian.

Las tecnologías cambian.

Los estilos de comunicación cambian.

Las plataformas cambian.

Las opiniones públicas cambian.

Pero Dios no cambia en su naturaleza.

Él declaró:

“Porque yo Jehová no cambio”.

Malaquías 3:6.

Esto no significa que Dios sea inmóvil o indiferente.

La Biblia muestra a Dios actuando, respondiendo, relacionándose y obrando en la historia.

Pero su carácter no cambia.

Dios no era santo en el Antiguo Testamento y menos santo en el Nuevo.

No era justo antes y amoroso después.

No era poderoso ayer y débil hoy.

No era fiel en tiempos bíblicos y ahora incierto.

Su carácter permanece.

Santiago lo llama:

“Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”.

Santiago 1:17.

Esto es fundamento para nuestra confianza.

Si Dios cambiara en su carácter, sus promesas serían inseguras.

Pero como Él permanece, podemos confiar.

9. El mundo cambia, pero la misión permanece

Vivimos en una época de cambios acelerados.

Hace algunas décadas, para enviar un mensaje a otra nación podía ser necesario esperar días o semanas.

Hoy una palabra puede cruzar el mundo en segundos.

Un libro puede llegar a un lector en otro continente.

Una clase puede escucharse desde una casa a miles de kilómetros.

Una prédica puede alcanzar personas que nunca entrarían a un templo.

La tecnología cambia.

Pero Dios no cambia.

Y el mensaje central tampoco.

Cristo sigue siendo el único Salvador.

El pecado sigue destruyendo.

La gracia sigue siendo necesaria.

El arrepentimiento sigue siendo llamado.

La cruz sigue siendo central.

La resurrección sigue siendo nuestra esperanza.

La Gran Comisión continúa vigente.

Podemos cambiar métodos.

Debemos innovar.

Debemos utilizar las herramientas disponibles.

Pero nunca debemos cambiar el mensaje para adaptarlo a la moda.

El Dios eterno no necesita un evangelio nuevo.

La generación nueva necesita escuchar el evangelio eterno de manera clara.

10. Dios no necesita demostrar que es Dios

Faraón preguntó:

"¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?"

Éxodo 5:2.

Era la voz de un hombre poderoso.

Faraón estaba acostumbrado a dar órdenes.

Tenía ejército.

Tenía riqueza.

Tenía autoridad política.

Tenía esclavos.

Desde su perspectiva, el Dios de un pueblo esclavizado no parecía una amenaza.

Pero Faraón iba a aprender algo.

Dios no necesitaba la aprobación de Egipto para ser Dios.

Las plagas no convirtieron a Dios en poderoso.

Revelaron su poder.

La apertura del mar no hizo soberano a Dios.

Manifestó su soberanía.

La caída de Faraón no colocó a Dios en el trono.

Dios ya estaba en el trono.

Esto sigue siendo verdad.

La incredulidad humana no disminuye a Dios.

El ateísmo no elimina a Dios.

Una cultura puede negar a Dios.

Una universidad puede burlarse de Dios.

Un gobierno puede intentar expulsar su nombre.

Una generación puede declararse autónoma.

Pero Dios no necesita votos para continuar siendo Rey.

11. El Dios que sostiene todo

No solamente Dios creó.

También sostiene.

Hebreos dice acerca del Hijo:

“Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”.

Hebreos 1:3.

Pablo escribió:

“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”.

Colosenses 1:17.

La creación no es un reloj que Dios puso en movimiento y abandonó.

Dependemos continuamente de Él.

Cada amanecer ocurre dentro de su providencia.

Cada respiración es un regalo.

Cada capacidad que tenemos proviene finalmente de Él.

Esto debería cambiar nuestra manera de hablar.

Decimos:

“Mi empresa”.

“Mi ministerio”.

“Mi talento”.

“Mi casa”.

“Mi vida”.

Pero todo lo administramos temporalmente.

Nada trajimos.

Nada podremos llevar.

Somos mayordomos.

Dios es dueño.

12. Nabucodonosor tuvo que aprenderlo

Hubo un rey poderoso llamado Nabucodonosor.

Miró la gran Babilonia y dijo:

"¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?"

Daniel 4:30.

Escuche sus palabras.

Yo edifiqué.

Mi poder.

Mi majestad.

El orgullo había ocupado el centro.

Pero Dios lo humilló.

Después de su experiencia, Nabucodonosor declaró:

"Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo".

Daniel 4:34.

El hombre que miraba su reino tuvo que levantar los ojos al cielo.

Esa es una imagen para todos nosotros.

Mientras miramos solamente lo que hemos construido, podemos creer que somos grandes.

Cuando levantamos los ojos, recuperamos perspectiva.

Todo líder necesita levantar los ojos.

Todo pastor.

Todo empresario.

Todo escritor.

Todo ministro.

Todo presidente.

Todo director.

Todo ser humano.

Porque el éxito puede convertirse en un lugar peligroso cuando olvidamos de quién viene todo.

13. El descanso de saber que Dios era Dios antes de nosotros

Hay una paz profunda en esta verdad.

Dios estaba obrando antes de que usted naciera.

Y seguirá obrando después de que usted termine su carrera.

El Reino no comenzó con nosotros.

Y no terminará con nosotros.

Esto nos permite servir con intensidad sin vivir destruidos por la ansiedad.

Podemos trabajar con todo el corazón.

Podemos planificar.

Podemos crear.

Podemos evangelizar.

Podemos escribir.

Podemos formar.

Podemos enviar.

Pero al final del día podemos descansar.

¿Por qué?

Porque Dios continúa despierto.

El salmista dijo:

“Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican”.

Salmo 127:1.

El texto no dice que no trabajemos.

Dice que nuestro trabajo depende de Dios.

Trabajamos.

Pero Dios edifica.

Sembramos.

Pero Dios da crecimiento.

Predicamos.

Pero Dios convence.

Enseñamos.

Pero Dios transforma.

Oramos.

Pero Dios responde según su sabiduría.

Esta verdad no produce pasividad.

Produce dependencia.

14. La adoración comienza cuando dejamos de colocarnos en el centro

¿Por qué la doctrina de Dios debe comenzar con su existencia eterna y autosuficiente?

Porque necesitamos salir del centro.

Muchos se acercan a Dios preguntando solamente:

¿Qué puede hacer por mí?

¿Cómo puede resolver mi problema?

¿Cómo puede bendecir mi proyecto?

¿Cómo puede ayudarme a cumplir mis sueños?

Pero la primera pregunta de la teología no es:

¿Qué puede hacer Dios por mí?

Es:

¿Quién es Dios?

Cuando comenzamos allí, todo cambia.

La oración cambia.

Ya no es solamente una lista de necesidades.

La adoración cambia.

Ya no depende de si recibimos algo.

El servicio cambia.

Ya no es una plataforma para demostrar nuestra importancia.

La vida cambia.

Porque entendemos que existimos para su gloria.

Pablo escribió:

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén”.

Romanos 11:36.

De Él.

Por Él.

Para Él.

Eso incluye nuestra vida.

15. La pregunta personal

Ahora quiero hacer una pregunta.

Si Dios es eterno, autosuficiente y soberano sobre la existencia, ¿por qué vivimos tantas veces como si todo dependiera de nosotros?

¿Por qué tanta ansiedad?

¿Por qué tanto orgullo?

¿Por qué tanto miedo al futuro?

¿Por qué nos desesperamos cuando un plan no sale como esperábamos?

Quizás porque sabemos doctrinalmente que Dios es Dios, pero todavía no hemos permitido que esa verdad gobierne nuestras emociones.

Podemos afirmar:

“Dios tiene el control”.

Y pasar toda la noche sin dormir porque nosotros no tenemos el control.

Podemos predicar:

“Dios proveerá”.

Y vivir consumidos por el miedo.

Podemos cantar:

“Él es soberano”.

Y desesperarnos cuando alguien no sigue nuestros planes.

La doctrina necesita bajar al corazón.

El Dios que existía antes del principio no necesita que usted controle el universo.

Ese puesto ya está ocupado.

16. Una vida pequeña dentro de un propósito eterno

Esto no significa que nuestra vida sea insignificante.

Al contrario.

Nuestra vida encuentra verdadero significado cuando entra en el propósito de Dios.

Un minuto entregado a Dios puede tener consecuencias eternas.

Una palabra predicada puede llevar a alguien a Cristo.

Un libro puede continuar enseñando después de la muerte de su autor.

Una oración puede afectar una generación.

Un padre puede formar hijos que lleven el evangelio donde él nunca llegará.

Un maestro puede enseñar a un estudiante que luego enseñará a miles.

Un creyente fiel puede sembrar una semilla cuyo fruto nunca verá en esta vida.

Nuestra vida es breve.

Pero puede ser invertida en un propósito eterno.

Por eso Pablo dijo:

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”.

1 Corintios 15:58.

No es en vano.

¿Por qué?

Porque el Dios eterno sostiene su obra.

17. Antes del principio y después del final

La Biblia comienza con Dios.

Y la historia termina con Dios reinando.

Juan vio una nueva creación.

Vio el trono.

Vio al Cordero.

Vio pueblos y naciones delante de Dios.

Los imperios humanos habían desaparecido.

Los perseguidores habían pasado.

Las guerras habían terminado.

Pero Dios seguía en el trono.

Apocalipsis declara:

“El Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”.

Apocalipsis 21:22.

La historia no va hacia el caos final.

Va hacia el cumplimiento del propósito de Dios.

El Dios que estaba antes del principio estará reinando después de que todo enemigo haya sido puesto bajo los pies de Cristo.

Nuestra esperanza no está en la estabilidad del mundo.

Está en la eternidad de Dios.

REFLEXIÓN FINAL

Antes del principio, Dios era.

Cuando apareció la creación, Dios habló.

Cuando el ser humano cayó, Dios siguió siendo Dios.

Cuando los imperios se levantaron, Dios siguió reinando.

Cuando Cristo vino al mundo, el propósito eterno de Dios avanzó.

Cuando la Iglesia fue perseguida, Dios continuó sosteniéndola.

Cuando nosotros nacimos, Dios ya estaba obrando.

Y cuando nuestra carrera termine, Él continuará siendo Dios.

Esto debe producir humildad.

Pero también paz.

No somos Dios.

No tenemos que serlo.

No controlamos todas las cosas.

No tenemos que controlarlas.

No conocemos el futuro.

Conocemos al Dios que ya está allí.

No somos autosuficientes.

Podemos depender de Aquel que sí lo es.

Oremos:

Dios eterno, antes de que yo existiera, tú eras Dios.
Después de que termine mi carrera, tú seguirás reinando.
Perdóname por las veces que he vivido como si todo dependiera de mí.
Líbrame del orgullo de creerme indispensable y del miedo de pensar que estoy solo.
Enséñame a trabajar con fidelidad y a descansar en tu soberanía.
Que mi vida breve sea invertida en tu propósito eterno.
Y que todo lo que haga sea de ti, por ti y para ti.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo nos acercaremos a otra verdad que cambia completamente nuestra manera de vivir:

Dios no solamente existe eternamente.

Dios está presente.

No hay lugar donde podamos escondernos de Él.

No hay habitación donde Él no pueda entrar.

No hay cárcel, hospital, campo de batalla, nación, casa o corazón quebrantado fuera de su alcance.

CAPÍTULO 2

EL DIOS QUE ESTÁ EN TODAS PARTES Y NO ABANDONA A LOS SUYOS

La noche en que Jacob pensó que estaba solo

Jacob estaba huyendo.

Había dejado su casa.

Su relación con su hermano Esaú estaba destruida.

Había engañado.

Había mentido.

Había participado en un conflicto familiar que terminó obligándolo a salir.

Ahora caminaba hacia un futuro incierto.

Llegó la noche.

No había casa.

No había cama.

No había familia cerca.

Tomó una piedra, la puso como cabecera y se acostó.

Probablemente aquel no era el lugar donde Jacob habría escogido encontrarse con Dios.

Pero aquella noche tuvo un sueño.

Vio una escalera que llegaba hasta el cielo.

Vio ángeles de Dios que subían y descendían.

Y escuchó al Señor decir:

“He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres”.

Génesis 28:15.

Cuando Jacob despertó, dijo:

“Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía”.

Génesis 28:16.

Esa frase describe la experiencia de muchas personas.

Dios estaba allí, pero yo no lo sabía.

Estaba en la noche.

Estaba en el camino.

Estaba en el desierto.

Estaba en el momento de incertidumbre.

Jacob pensó que había llegado a un lugar solitario.

Pero descubrió que ningún lugar es solitario cuando Dios decide manifestar su presencia.

Este capítulo trata acerca de una verdad inmensa:

Dios está presente en todas partes.

Pero también debemos comprender algo más.

La presencia de Dios no significa exactamente lo mismo en todas las situaciones.

Dios está presente en todo lugar porque es omnipresente.

Pero también manifiesta su presencia de maneras particulares.

Está presente para sostener la creación.

Está presente para juzgar.

Está presente para salvar.

Está presente para acompañar a su pueblo.

Está presente de manera especial en la comunión de los creyentes.

Está presente por su Espíritu en quienes pertenecen a Cristo.

Por eso necesitamos estudiar cuidadosamente esta verdad.

1. ¿Dónde está Dios?

Un niño puede preguntar:

"¿Dónde vive Dios?"

La respuesta parece sencilla:

“En el cielo”.

Y la Biblia habla del cielo como el lugar del trono de Dios.

Jesús enseñó a orar:

“Padre nuestro que estás en los cielos”.

Mateo 6:9.

Pero si respondemos solamente que Dios está en el cielo, podríamos crear una idea equivocada.

Como si Dios estuviera encerrado en un lugar distante.

Como si el cielo fuera una casa suficientemente grande para contenerlo.

Salomón comprendió que eso era imposible.

Cuando dedicó el templo, dijo:

“He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?”

1 Reyes 8:27.

Dios no cabe en un edificio.

No cabe en una ciudad.

No cabe en una nación.

No cabe en el universo.

Él creó el espacio.

Por lo tanto, no está limitado por el espacio que creó.

Dios está presente en todo lugar con la plenitud de su ser.

Eso es lo que llamamos **omnipresencia**.

2. David intentó imaginar un lugar sin Dios

El Salmo 139 contiene una de las descripciones más hermosas de la presencia de Dios.

David pregunta:

"¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?"

Salmo 139:7.

Entonces comienza a imaginar posibilidades.

"Si subiere a los cielos, allí estás tú".

Salmo 139:8.

Arriba.

Dios está.

Luego dice:

"Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás".

Abajo.

Dios está.

Después imagina ir al extremo del mar:

“Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra”.

Salmo 139:9-10.

David mira hacia arriba.

Mira hacia abajo.

Mira hacia el horizonte.

Y llega a una conclusión:

No existe un lugar donde Dios no esté.

Esta verdad puede producir consuelo.

Pero también puede producir temor santo.

Porque la presencia de Dios significa que nunca estamos abandonados.

Y también significa que nunca estamos escondidos.

3. La presencia que consuela y la presencia que confronta

Para quien ama a Dios, escuchar que Dios está presente puede ser una noticia maravillosa.

Pero para quien quiere esconder su pecado, puede ser incómoda.

Adán y Eva pecaron.

Luego escucharon la voz de Dios.

¿Qué hicieron?

Se escondieron.

Génesis 3:8.

Qué escena tan humana.

El ser humano intentando esconderse del Dios omnipresente.

Todavía hacemos lo mismo.

No detrás de árboles.

Pero sí detrás de apariencias.

De cargos.

De reputaciones.

De títulos.

De actividades religiosas.

De sonrisas.

De explicaciones.

Podemos ocultar algo de nuestra familia.

Podemos esconderlo de la iglesia.

Podemos borrar un historial.

Podemos cerrar una puerta.

Podemos apagar una cámara.

Pero no podemos salir de la presencia de Dios.

Jeremías registra esta pregunta:

"¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea?"

Y luego declara:

"¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?"

Jeremías 23:24.

La omnipresencia de Dios destruye la ilusión de la vida secreta.

No existe pecado secreto delante de Dios.

Puede ser secreto para las personas.

Nunca para Él.

4. Jonás descubrió que no podía huir

Dios habló a Jonás.

Le dio una misión.

Ir a Nínive.

Pero Jonás no quería ir.

Entonces tomó una dirección contraria.

Fue a Jope.

Encontró una nave.

Pagó el pasaje.

Y descendió al barco.

La Escritura dice que intentaba huir:

“De la presencia de Jehová”.

Jonás 1:3.

Jonás era profeta.

Conocía doctrina.

Pero en la práctica actuó como si fuera posible alejarse geográficamente de Dios.

Muchos creyentes saben cosas correctas acerca de Dios, pero viven como si fueran falsas.

Sabemos que Dios ve.

Pero pecamos como si no viera.

Sabemos que Dios está con nosotros.

Pero vivimos como abandonados.

Sabemos que Dios gobierna.

Pero vivimos dominados por la ansiedad.

Jonás tuvo que aprender en una tormenta que no existe barco suficientemente rápido para salir del alcance de Dios.

Dios estaba en Israel.

Dios estaba en el puerto.

Dios estaba en el mar.

Dios estaba en la tormenta.

Dios estaba en el proceso.

Y Dios también estaba interesado en Nínive.

5. Ninguna nación está fuera de su alcance

Los pueblos antiguos muchas veces asociaban a sus dioses con territorios específicos.

Una nación tenía sus dioses.

Otra nación tenía los suyos.

Pero el Dios de la Biblia no es un dios territorial.

No es Dios solamente de una región.

No es Dios de un idioma.

No es Dios de una cultura.

No es Dios de un continente.

El salmista declara:

“De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan”.

Salmo 24:1.

Toda la tierra.

Todas las naciones.

Todos los pueblos.

Esto tiene enormes implicaciones para la misión.

Cuando un misionero entra en una nación nueva, Dios no llega con él como si nunca hubiera estado allí.

Dios ya está presente.

El misionero lleva el mensaje revelado del evangelio.

Predica a Cristo.

Hace discípulos.

Pero no está llevando a Dios a un territorio donde Dios no puede entrar.

La tierra pertenece al Señor.

Por eso podemos ir a las naciones con confianza.

No existe territorio olvidado por Dios.

6. La presencia de Dios en la misión

Jesús dio la Gran Comisión diciendo:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”.

Mateo 28:19.

Pero no terminó allí.

Añadió:

“Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Mateo 28:20.

Observe la relación.

Vayan.

Yo estoy con ustedes.

La misión no se cumple solamente porque tenemos una orden.

Se cumple acompañados por una presencia.

Moisés entendió la importancia de esto.

Dijo:

“Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”.

Éxodo 33:15.

Moisés había visto milagros.

Había visto plagas.

Había visto el mar abierto.

Pero comprendía que el futuro del pueblo no dependía solamente de experiencias pasadas.

Necesitaban la presencia de Dios.

También nosotros.

Podemos tener planes.

Libros.

Tecnología.

Plataformas.

Programas.

Centros de formación.

Recursos.

Estructuras.

Pero si todo eso no está sometido a Dios, podemos tener movimiento sin verdadera dirección.

La obra cristiana no debe convertirse en una maquinaria que aprende a funcionar sin dependencia de Dios.

7. Elías y el Dios que no había desaparecido

Elías vivió un momento de profundo agotamiento.

Había enfrentado a los profetas de Baal.

Había visto fuego descender.

Había experimentado una gran victoria.

Pero después recibió una amenaza de Jezabel.

Y huyó.

Llegó a sentarse debajo de un enebro.

Pidió morir.

1 Reyes 19.

Es sorprendente.

El hombre que estuvo firme delante de cientos de profetas ahora estaba solo, agotado y temeroso.

¿Había desaparecido Dios?

No.

Dios estaba allí.

En el agotamiento.

En el desierto.

En el silencio.

Dios alimentó a Elías.

Lo dejó descansar.

Lo condujo.

Le habló.

Le mostró que todavía había propósito.

La presencia de Dios no siempre se manifiesta como fuego visible.

A veces se manifiesta sosteniendo a un siervo cansado para que pueda continuar.

Esto es importante.

Porque algunas personas creen que Dios solamente está presente cuando sienten algo extraordinario.

Pero Dios puede estar obrando profundamente en el silencio.

8. Cuando no sentimos nada

Hay días en que la oración parece viva.

Otros días parece difícil.

Hay momentos de adoración donde sentimos profundamente la cercanía de Dios.

Y hay temporadas secas.

¿Qué hacemos entonces?

Debemos aprender la diferencia entre la presencia de Dios y nuestra percepción emocional de esa presencia.

Nuestras emociones cambian.

Dios no.

Podemos sentirnos solos sin estar solos.

Jacob dijo:

“Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía”.

Génesis 28:16.

No lo sabía.

Pero Dios estaba.

Hay momentos en que nuestra oración debe apoyarse menos en lo que sentimos y más en lo que Dios prometió.

El escritor de Hebreos recuerda:

“No te desampararé, ni te dejaré”.

Hebreos 13:5.

Esa promesa no dice:

“Siempre sentirás algo extraordinario”.

Dice:

No te dejaré.

La fe aprende a descansar en el carácter de Dios aun cuando las emociones están cansadas.

9. José: Dios estaba en la cárcel

José tuvo sueños.

Pero después llegaron acontecimientos que parecían contradecirlos.

Sus hermanos lo vendieron.

Fue llevado a Egipto.

Sirvió en casa de Potifar.

Fue acusado falsamente.

Terminó en prisión.

Pero Génesis repite una frase:

“Mas Jehová estaba con José”.

Génesis 39:21.

¿Dónde estaba Dios?

En la casa de Potifar.

En la injusticia.

En la cárcel.

En el proceso.

La presencia de Dios no impidió cada dificultad.

Pero convirtió cada etapa en parte de una historia mayor.

José no podía ver todo el mapa.

Nosotros, al leer Génesis, conocemos el final.

Sabemos que llegará al palacio.

Sabemos que Dios lo usará para preservar vidas.

Pero José no tenía el libro de Génesis en sus manos mientras estaba dentro de la cárcel.

Él tenía que vivir la historia sin conocer todavía el siguiente capítulo.

Así vivimos nosotros.

No conocemos el próximo capítulo.

Pero conocemos al Autor.

10. Dios en el horno

Nabucodonosor mandó levantar una estatua.

Ordenó adoración.

Sadrac, Mesac y Abed-nego se negaron.

Fueron amenazados.

Su respuesta fue extraordinaria:

“He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo”.

Daniel 3:17.

Pero luego añadieron:

“Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses”.

Daniel 3:18.

Ellos sabían que Dios podía librarlos.

Pero su fidelidad no dependía de que Dios actuara exactamente como ellos querían.

Fueron lanzados al fuego.

Entonces el rey miró.

Y preguntó:

“¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?”

Daniel 3:24.

Luego dijo:

“He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño”.

Daniel 3:25.

La gran verdad no es solamente que Dios puede sacarnos del horno.

También es que Dios puede encontrarnos dentro del horno.

Hay momentos en que libra antes.

Otros en que libra en medio.

Y otros en que sostiene a su pueblo hasta el final de la carrera.

Pero nunca deja de ser fiel.

11. Dios en la cárcel de Pablo y Silas

Pablo y Silas habían sido golpeados.

Sus cuerpos estaban heridos.

Sus pies estaban sujetos en el cepo.

Era medianoche.

Hechos 16 dice:

“Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios”.

Hechos 16:25.

La prisión no pudo impedir la adoración.

¿Por qué?

Porque Dios no estaba solamente en el templo.

Estaba en la cárcel.

Entonces ocurrió un terremoto.

Las puertas se abrieron.

Las cadenas se soltaron.

Pero la historia no terminó con la liberación física.

Un carcelero preguntó:

“Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”

Hechos 16:30.

Observe cómo trabaja Dios.

Una prisión se convierte en lugar de evangelización.

Una noche de dolor se convierte en puerta de salvación para una familia.

La presencia de Dios puede transformar el lugar de nuestra prueba en un lugar de misión.

12. La presencia de Dios y el sufrimiento

Aquí debemos ser cuidadosos.

No debemos decir a una persona que sufre:

“Si Dios estuviera contigo, no estarías pasando por esto”.

Esa idea no es bíblica.

Dios estaba con José y José estuvo en prisión.

Dios estaba con David y David tuvo que huir.

Dios estaba con Jeremías y Jeremías fue rechazado.

Dios estaba con Pablo y Pablo sufrió persecución.

El Padre estaba con el Hijo, y Cristo fue a la cruz.

La presencia de Dios no significa ausencia automática de sufrimiento.

Significa que el sufrimiento no tiene la última palabra.

El Salmo 23 dice:

"Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo".

Salmo 23:4.

Observe.

El texto no dice:

"Como Dios está conmigo, nunca entraré al valle".

Dice:

Aunque ande en el valle... tú estarás conmigo.

Hay una diferencia.

13. Emanuel: Dios con nosotros

Toda la historia bíblica avanza hacia una manifestación extraordinaria de la presencia de Dios.

Isaías anunció:

“He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”.

Isaías 7:14.

Mateo explica:

“Que traducido es: Dios con nosotros”.

Mateo 1:23.

En Jesucristo, Dios no solamente envió un mensaje.

El Verbo se hizo carne.

Juan escribió:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

El Dios trascendente se acercó.

El Hijo eterno entró en nuestra historia.

Caminó por caminos humanos.

Tuvo hambre.

Conoció cansancio.

Lloró.

Tocó al leproso.

Se acercó al rechazado.

Recibió a los pecadores arrepentidos.

En Cristo vemos que la presencia de Dios no es una teoría fría.

Dios se acercó para salvar.

14. Cristo presente por su Espíritu

Antes de ir a la cruz, Jesús habló a sus discípulos acerca del Espíritu Santo.

Les dijo:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”.

Juan 14:16.

Y añadió:

“Mora con vosotros, y estará en vosotros”.

Juan 14:17.

Después de la resurrección y ascensión de Cristo, la Iglesia no quedó abandonada.

El Espíritu Santo fue derramado.

Ahora la presencia de Dios tiene una dimensión profundamente personal y comunitaria en el pueblo del nuevo pacto.

Pablo pregunta:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?"

1 Corintios 3:16.

Esto debe transformar nuestra manera de entender la vida cristiana.

El creyente no enfrenta la misión solo.

No lucha contra el pecado solo.

No sirve solo.

No ora hacia un Dios indiferente y distante.

El Espíritu Santo habita en el pueblo de Dios.

15. Donde dos o tres se reúnen

Jesús dijo:

"Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos".

Mateo 18:20.

Este texto tiene un contexto relacionado con la vida y disciplina de la comunidad, pero también revela una verdad hermosa:

Cristo está presente en medio de su pueblo.

La Iglesia no es solamente una organización.

No es solamente una reunión de personas con intereses religiosos comunes.

Es una comunidad reunida bajo el señorío de Cristo.

Por eso debemos tomar seriamente la vida de la Iglesia.

Cuando oramos juntos.

Cuando adoramos.

Cuando escuchamos la Palabra.

Cuando participamos de la comunión.

Cuando servimos.

Cuando corregimos con amor.

Cuando llevamos las cargas unos de otros.

Cristo está obrando en medio de su pueblo.

16. La presencia de Dios no puede ser manipulada

Aquí debemos hacer una advertencia.

La presencia de Dios no es una herramienta para producir espectáculo.

No se controla con música.

No se fabrica con luces.

No se produce mediante una atmósfera emocional.

La música puede ayudarnos a adorar.

Un ambiente puede ayudarnos a concentrarnos.

Las emociones pueden responder legítimamente a la verdad.

Pero no debemos confundir emoción humana con presencia divina.

Dios es Dios.

No es una fuerza que manipulamos.

No viene porque aprendimos una fórmula.

No se manifiesta para engrandecer la personalidad de un ministro.

La presencia de Dios debe producir reverencia, santidad, verdad, amor, arrepentimiento y transformación.

No solamente emoción momentánea.

17. El peligro de usar la frase “Dios está aquí”

Decimos con frecuencia:

“Dios está aquí”.

Y puede ser una declaración verdadera.

Pero debemos entender lo que decimos.

Si Dios está aquí, entonces nuestras motivaciones están delante de Él.

Si Dios está aquí, no podemos manipular.

Si Dios está aquí, no podemos fingir.

Si Dios está aquí, no debemos buscar gloria personal.

Si Dios está aquí, debemos escuchar.

La presencia de Dios no es solamente para sentir.

Es para responder.

Isaías vio al Señor.

Y terminó diciendo:

“Heme aquí, envíame a mí”.

Isaías 6:8.

La verdadera experiencia con Dios produce misión.

18. Dios está donde usted está ahora

Tal vez alguien está leyendo estas palabras en una casa tranquila.

Otro en un hospital.

Otro en una cárcel.

Otro en una habitación después de recibir una mala noticia.

Otro en una nación donde se siente solo.

Otro acaba de comenzar su ministerio.

Otro está pensando en abandonarlo.

Otro está atravesando una crisis familiar.

Otro tiene miedo del futuro.

La verdad de la omnipresencia de Dios no elimina automáticamente todas esas circunstancias.

Pero declara algo:

Usted no está fuera del alcance de Dios.

David dijo:

"Aun allí me guiará tu mano".

Salmo 139:10.

Aun allí.

Esa expresión puede convertirse en una palabra para muchos.

En la enfermedad:

Aun allí.

En la pérdida:

Aun allí.

En la cárcel:

Aun allí.

En una nueva nación:

Aun allí.

En la soledad:

Aun allí.

En la incertidumbre:

Aun allí.

Su mano puede guiarnos.

19. Vivir conscientes de su presencia

La doctrina de la omnipresencia debe cambiar nuestra vida diaria.

Cuando nadie nos ve, Dios está.

Cuando servimos sin reconocimiento, Dios está.

Cuando oramos en secreto, Dios está.

Cuando somos tentados, Dios está.

Cuando lloramos, Dios está.

Cuando debemos tomar una decisión, Dios está.

Cuando viajamos, Dios está.

Cuando envejecemos, Dios está.

Cuando enfrentamos la muerte, Dios está.

El creyente puede aprender a vivir consciente de la presencia de Dios.

No en miedo enfermizo.

Sino en reverencia, comunión y dependencia.

El hermano Lawrence, conocido históricamente por su énfasis en practicar la presencia de Dios, buscaba vivir cada tarea cotidiana consciente de Dios.

Ese principio es valioso.

No necesitamos esperar una gran conferencia para caminar con Dios.

Podemos honrarlo trabajando.

Conduciendo.

Cocinando.

Escribiendo.

Estudiando.

Sirviendo.

Descansando.

Toda la vida puede vivirse delante de Dios.

20. La presencia final: Dios habitará con su pueblo

La Biblia comienza con comunión.

El pecado rompe esa comunión.

Después vemos altares.

Tabernáculo.

Templo.

La encarnación de Cristo.

La presencia del Espíritu Santo.

Y finalmente llegamos a Apocalipsis.

Juan escucha una gran voz:

“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo”.

Apocalipsis 21:3.

La historia avanza hacia la comunión plena.

El pecado no tendrá la última palabra.

La muerte no tendrá la última palabra.

La separación no tendrá la última palabra.

Dios habitará con su pueblo.

Y Apocalipsis declara:

“Verán su rostro”.

Apocalipsis 22:4.

Qué esperanza.

El Dios que nadie puede contener ha decidido acercarse a su pueblo.

El Dios omnipresente ha prometido una comunión eterna con los redimidos.

REFLEXIÓN FINAL

Jacob pensó que estaba solo.

Pero Dios estaba allí.

José estaba en la cárcel.

Pero Dios estaba allí.

Elías estaba agotado.

Pero Dios estaba allí.

Los jóvenes estaban en el horno.

Pero Dios estaba allí.

Pablo y Silas estaban presos.

Pero Dios estaba allí.

Los discípulos recibieron una misión imposible.

Y Jesús les dijo:

“Yo estoy con vosotros todos los días”.

Esta verdad no significa que nunca habrá noches.

Significa que ninguna noche puede expulsar a Dios.

No significa que nunca habrá valles.

Significa que no caminaremos solos.

No significa que nunca enfrentaremos fuego.

Significa que el fuego no tiene autoridad para separarnos de la fidelidad de Dios.

Y también nos confronta.

Porque el Dios que está presente en nuestra adoración también está presente en nuestras decisiones secretas.

No podemos dividir la vida en lugares donde Dios está y lugares donde no está.

Toda nuestra vida se desarrolla delante de Él.

Oremos:

Señor, gracias porque no existe lugar fuera de tu alcance.
Perdóname por las veces que he vivido como si pudiese esconderme de ti.
Y perdóname también por las veces que me he sentido abandonado, olvidando tus promesas.
Enséñame a vivir consciente de tu presencia.

A buscarte en la alegría y en el dolor.
A honrarte en público y en secreto.
A ir a donde me envíes confiando en que tú estarás conmigo.
Que tu presencia sea más importante para mí que el éxito, la comodidad o el reconocimiento.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo nos acercaremos a una verdad que puede cambiar completamente nuestra relación con el miedo y la incertidumbre.

Dios no solamente está presente.

Dios conoce todas las cosas.

Conoce lo que ocurrió.

Conoce lo que ocurre.

Conoce lo que ocurrirá.

Conoce nuestras palabras antes de que lleguen a nuestra boca.

Conoce nuestras heridas.

Conoce nuestras motivaciones.

Conoce el camino completo cuando nosotros apenas podemos ver el siguiente paso.

CAPÍTULO 3

EL DIOS QUE NUNCA APRENDE NADA NUEVO

Cuando Dios ya sabe lo que nosotros apenas estamos descubriendo

Hay momentos en la vida en que una noticia nos sorprende.

Una llamada.

Un diagnóstico.

Una traición.

Una puerta que se cierra.

Una oportunidad inesperada.

Una pérdida.

Un cambio repentino.

Algo ocurre y sentimos que el suelo se mueve debajo de nuestros pies.

Nosotros no lo vimos venir.

No lo esperábamos.

No estábamos preparados.

Pero hay una verdad que debe sostenernos:

Dios no fue sorprendido.

Nada toma a Dios desprevenido.

Nada aparece de repente ante sus ojos.

Nada lo obliga a improvisar.

Nada lo toma fuera de guardia.

Dios nunca dice:

“Eso no lo sabía”.

Nunca revisa información nueva.

Nunca descubre tarde.

Nunca necesita que alguien le explique lo que ocurrió.

Nosotros aprendemos.

Dios sabe.

Nosotros investigamos.

Dios conoce.

Nosotros vemos fragmentos.

Dios ve el todo.

Esta verdad se llama **omnisciencia**.

Significa que Dios conoce todas las cosas.

Conoce perfectamente todo lo real, todo lo posible, todo lo pasado, todo lo presente y todo lo futuro.

Y no lo conoce por esfuerzo.

No lo aprende.

No lo deduce.

Lo sabe perfectamente porque es Dios.

1. Dios conoce el final desde el principio

El profeta Isaías registra estas palabras de Dios:

“Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí; que anuncio lo por venir desde el principio”.

Isaías 46:9-10.

Dios no camina hacia el futuro como nosotros.

Nosotros avanzamos sin ver todo el camino.

Dios conoce el final desde el principio.

Cuando Abraham salió sin saber a dónde iba, Dios ya conocía el camino.

Cuando José fue vendido por sus hermanos, Dios ya conocía el final de la historia.

Cuando Moisés fue colocado en una arquilla, Dios ya conocía el día en que enfrentaría a Faraón.

Cuando David cuidaba ovejas, Dios ya conocía el trono.

Cuando Jeremías estaba en el vientre de su madre, Dios ya conocía su llamado.

Dios le dijo:

“Antes que te formase en el vientre te conocí”.

Jeremías 1:5.

Antes.

Esa palabra cambia nuestra perspectiva.

Dios no empieza a conocernos cuando nosotros empezamos a conocerlo a Él.

2. Dios conoce nuestros pensamientos

David escribió:

“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos”.

Salmo 139:2.

Esto puede consolar o incomodar.

Depende del corazón.

Dios conoce lo que pensamos antes de que lo digamos.

Conoce la intención detrás de una sonrisa.

Conoce la motivación detrás de una ofrenda.

Conoce la verdad detrás de una excusa.

Conoce la herida detrás de una reacción.

Conoce el orgullo detrás de una apariencia humilde.

Conoce la fe escondida detrás de una lágrima silenciosa.

Las personas pueden malinterpretarnos.

Dios no.

Las personas pueden aplaudirnos sin conocer nuestras motivaciones.

Dios sí las conoce.

Las personas pueden condenarnos sin conocer toda la historia.

Dios conoce todo.

Por eso debemos vivir delante de Él con sinceridad.

3. La omnisciencia destruye la hipocresía

Ananías y Safira quisieron aparentar una entrega que no era verdadera.

Vendieron una propiedad.

Entregaron parte del dinero.

Pero presentaron la ofrenda como si fuera todo.

El problema no fue que no dieran todo.

El problema fue la mentira.

Pedro dijo:

“No has mentido a los hombres, sino a Dios”.

Hechos 5:4.

Ellos pensaron que estaban manejando una imagen pública.

Pero estaban delante del Dios que conoce todas las cosas.

Esto nos confronta.

Podemos construir reputación delante de la gente.

Podemos parecer espirituales.

Podemos hablar con lenguaje correcto.

Podemos levantar manos.

Podemos predicar.

Podemos escribir.

Podemos dirigir.

Pero Dios conoce el corazón.

La omnisciencia de Dios nos llama a la integridad.

No solamente a parecer.

A ser.

4. Dios conoce nuestras heridas

Pero esta verdad no solamente confronta.

También consuela.

Hay dolores que no sabemos explicar bien.

Hay lágrimas que caen sin testigos.

Hay batallas que nadie conoce.

Hay procesos que otros juzgan desde afuera sin entender lo que estamos cargando.

Dios sabe.

El salmista dijo:

“Pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?”

Salmo 56:8.

Qué imagen tan tierna.

Dios no ignora las lágrimas de sus hijos.

Tal vez alguien olvidó lo que usted sufrió.

Tal vez otros minimizaron su dolor.

Tal vez nadie entendió la profundidad de su proceso.

Pero Dios sabe.

Y su conocimiento no es frío.

No es información distante.

Es conocimiento santo, perfecto y compasivo.

El Dios que conoce todo también es el Dios que se acerca al quebrantado.

5. Dios conoce nuestras palabras antes de que salgan

David escribió:

“Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda”.

Salmo 139:4.

Antes de hablar, Dios ya conoce.

Esto debe formar nuestra manera de usar la lengua.

Dios conoce la palabra antes de que se convierta en herida.

Conoce la mentira antes de que salga.

Conoce el chisme antes de que se disfrace de preocupación.

Conoce la crítica antes de que se presente como discernimiento.

Conoce la oración antes de que la pronunciemos.

Conoce el clamor antes de que podamos ordenarlo.

Jesús dijo:

“Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”.

Mateo 6:8.

Entonces, ¿por qué oramos?

No para informar a Dios.

Oramos para depender de Él.

La oración no actualiza a Dios.

Nos alinea con Él.

6. Dios no necesita investigación

Cuando algo ocurre entre nosotros, investigamos.

Buscamos pruebas.

Escuchamos versiones.

Miramos documentos.

Preguntamos.

Analizamos.

Podemos equivocarnos porque no tenemos toda la información.

Dios no necesita investigar para saber.

Cuando Caín mató a Abel, Dios preguntó:

“¿Dónde está Abel tu hermano?”

Génesis 4:9.

Dios no preguntaba porque ignoraba.

Preguntaba para confrontar.

Cuando Dios preguntó a Adán:

“¿Dónde estás tú?”

Génesis 3:9,

no estaba perdido buscando al hombre entre los árboles.

Estaba llamándolo a responder.

Las preguntas de Dios muchas veces no buscan información.

Buscan revelarnos nuestra condición.

Él ya sabe.

Nosotros necesitamos reconocer.

7. Dios conoce lo oculto

Jesús dijo:

“No hay nada oculto que no haya de ser manifestado”.

Lucas 8:17.

Esto debe producir temor santo.

Lo oculto no permanecerá oculto para siempre.

La injusticia que nadie vio.

La mentira cuidadosamente construida.

El abuso escondido.

La manipulación religiosa.

La doble vida.

La intención torcida.

Todo está delante de Dios.

Hebreos declara:

“Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”.

Hebreos 4:13.

Esta verdad es seria.

Pero también trae esperanza a los que han sufrido injusticia.

Dios vio lo que otros no vieron.

Dios sabe lo que otros negaron.

Dios conoce la verdad cuando los hombres manipulan versiones.

Por eso podemos descansar en su justicia.

8. Dios conoce el camino que no entendemos

Job atravesó un sufrimiento profundo.

Perdió.

Lloró.

Preguntó.

No entendía todo lo que estaba ocurriendo.

Pero en medio de su dolor dijo:

“Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro”.

Job 23:10.

Qué declaración.

Job no conocía todo el camino.

Pero sabía que Dios sí lo conocía.

Hay temporadas en que no entendemos.

No sabemos por qué una puerta se cerró.

No sabemos por qué una oración no fue respondida como esperábamos.

No sabemos por qué un proceso se alargó.

No sabemos por qué Dios permitió cierta prueba.

Pero el creyente puede decir:

Él conoce mi camino.

No estoy perdido para Dios.

Aunque yo no vea salida, Él conoce el camino.

9. Dios conoce el futuro sin ansiedad

A nosotros el futuro puede inquietarnos.

¿Qué pasará con mi familia?

¿Qué pasará con mi salud?

¿Qué pasará con el ministerio?

¿Qué pasará con la nación?

¿Qué pasará con la Iglesia?

¿Qué pasará si fallo?

¿Qué pasará si pierdo algo?

Dios conoce el futuro sin ansiedad.

Él no está preocupado.

No está confundido.

No está calculando posibilidades con miedo.

El futuro que a nosotros nos asusta está delante de Él con claridad perfecta.

Esto no significa que no debamos planificar.

Debemos hacerlo.

Pero debemos planificar con humildad.

Santiago escribió:

“Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello”.

Santiago 4:15.

No es una frase religiosa para adornar planes.

Es una postura del corazón.

Dios conoce el mañana.

Nosotros no.

10. Dios conoce nuestras necesidades

Jesús enseñó a no vivir dominados por la ansiedad.

Habló de las aves.

Habló de los lirios.

Habló del cuidado del Padre.

Y dijo:

“Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas”.

Mateo 6:32.

Su Padre sabe.

Antes de que usted pueda resolverlo, Él sabe.

Antes de que otros se enteren, Él sabe.

Antes de que la necesidad sea visible, Él sabe.

Esto no significa pasividad.

Jesús no enseña irresponsabilidad.

Enseña confianza.

Buscar primero el Reino.

Vivir bajo el gobierno de Dios.

No permitir que la ansiedad sea nuestro amo.

La omnisciencia de Dios sostiene la confianza del creyente.

11. Dios conoce nuestras motivaciones en el ministerio

Este punto es delicado.

Podemos hacer cosas correctas con motivaciones mezcladas.

Podemos predicar queriendo servir, pero también queriendo ser admirados.

Podemos escribir queriendo edificar, pero también queriendo ser reconocidos.

Podemos dar queriendo ayudar, pero también queriendo ser vistos.

Podemos liderar queriendo ordenar, pero también queriendo controlar.

Dios conoce.

Pablo dijo:

“Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones”.

1 Corintios 4:5.

Las intenciones serán manifestadas.

Por eso debemos pedirle al Señor que purifique nuestros motivos.

No basta hacer la obra.

Debemos hacerla delante de Dios.

12. Dios conoce a los suyos

Jesús dijo:

“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas”.

Juan 10:14.

Esta verdad es profundamente personal.

Dios no conoce a su pueblo solamente como una multitud.

Conoce a cada uno.

Conoce su nombre.

Conoce su historia.

Conoce su voz.

Conoce sus debilidades.

Conoce sus procesos.

El buen pastor no pierde a sus ovejas por falta de información.

Cuando usted no sabe cómo explicarse, Él sabe.

Cuando usted se siente invisible, Él sabe.

Cuando otros lo pasan por alto, Él sabe.

Cuando sirve en secreto, Él sabe.

Esto libera del deseo enfermizo de reconocimiento humano.

Si Dios sabe, eso basta.

13. Dios conoce también lo posible

La Biblia muestra momentos donde Dios revela conocimiento no solamente de lo que ocurrió, sino de lo que habría ocurrido bajo otras circunstancias.

Jesús dijo acerca de ciertas ciudades:

“Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido”.

Mateo 11:21.

Esto nos muestra la profundidad del conocimiento divino.

Dios no conoce solamente hechos actuales.

Conoce perfectamente todas las posibilidades.

Nosotros apenas podemos imaginar escenarios.

Dios los conoce sin esfuerzo.

Esto debe humillarnos.

Nuestra perspectiva es muy limitada.

A veces creemos saber qué habría sido mejor.

Pero no conocemos todas las consecuencias.

Dios sí.

14. Cuando no entendemos sus decisiones

La omnisciencia de Dios debe producir humildad frente a sus decisiones.

A veces preguntamos:

“¿Por qué Dios permitió esto?”

No siempre recibimos una respuesta completa.

Pero sabemos que Dios no decidió desde ignorancia.

Él conoce todos los factores.

Todas las personas involucradas.

Todas las consecuencias inmediatas.

Todas las consecuencias futuras.

Todo lo visible.

Todo lo invisible.

Todo lo temporal.

Todo lo eterno.

Nosotros vemos un hilo.

Dios ve el tejido completo.

Pablo exclamó:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”

Romanos 11:33.

No entender todo no significa que Dios esté equivocado.

Significa que no somos Dios.

15. Dios conoce el pecado, pero también la gracia que necesitamos

Pedro negó a Jesús.

Antes de que ocurriera, Jesús ya lo sabía.

Le dijo:

“Antes que el gallo cante, me negarás tres veces”.

Mateo 26:34.

Pedro no se conocía tan bien como creía.

Pensaba que estaba listo para morir.

Pero Jesús conocía su debilidad.

Y aun así, no lo desechó.

Después de la resurrección, Jesús lo restauró.

Esto es esperanza.

Dios conoce lo peor de nosotros y aun así ofrece gracia en Cristo.

No podemos sorprenderlo con nuestro fracaso.

Eso no justifica el pecado.

Pero sí nos invita a correr hacia Él en arrepentimiento en vez de escondernos.

Dios no descubre nuestra debilidad después de llamarnos.

Ya la conocía.

Y su gracia sigue siendo suficiente.

16. La omnisciencia y la cruz

Nadie engañó a Dios en la cruz.

La muerte de Cristo no fue un accidente que Dios tuvo que arreglar después.

Pedro predicó:

“A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis”.

Hechos 2:23.

Los hombres fueron responsables.

Dios no fue sorprendido.

La cruz revela que Dios puede conocer, gobernar y cumplir su propósito incluso mediante acciones humanas malvadas, sin ser autor del pecado.

Esto es profundo.

Y nos lleva a adorar.

Lo que parecía derrota fue el centro del plan redentor.

Si Dios sabía lo que haría en la cruz, también conoce cómo sostenernos en nuestras crisis.

17. Vivir delante del Dios que lo sabe todo

¿Cómo debe cambiar nuestra vida esta doctrina?

Primero, debe llevarnos a la sinceridad.

No tiene sentido fingir delante de Dios.

Segundo, debe llevarnos a la confianza.

No necesitamos explicarle todo como si Él no supiera.

Tercero, debe llevarnos al arrepentimiento.

Él conoce lo oculto.

Cuarto, debe llevarnos al descanso.

Él conoce el futuro.

Quinto, debe llevarnos a la humildad.

Nosotros no sabemos todo.

Sexto, debe llevarnos a la adoración.

Su conocimiento es perfecto.

18. Una oración diferente

Cuando entendemos que Dios lo sabe todo, nuestra oración cambia.

Ya no oramos para informar.

Oramos para rendir.

Ya no venimos como asesores de Dios.

Venimos como hijos.

Podemos decir:

“Señor, tú sabes”.

Marta dijo a Jesús:

“Señor, tú lo sabes todo”.

Juan 21:17.

Hay momentos en que esa oración basta.

Señor, tú sabes mi dolor.

Tú sabes mi lucha.

Tú sabes mi intención.

Tú sabes mi cansancio.

Tú sabes lo que no puedo explicar.

Tú sabes lo que necesito.

Tú sabes el camino.

Tú sabes el final.

REFLEXIÓN FINAL

Dios nunca aprende nada nuevo.

No porque sea indiferente, sino porque su conocimiento es perfecto.

Él conoce el final desde el principio.

Conoce nuestros pensamientos.

Conoce nuestras palabras antes de pronunciarlas.

Conoce nuestras necesidades.

Conoce nuestras heridas.

Conoce nuestras motivaciones.

Conoce nuestro futuro.

Conoce nuestros pecados.

Conoce la gracia que necesitamos.

Nada está oculto delante de Él.

Eso nos confronta.

Pero también nos consuela.

Porque el Dios que lo sabe todo no es un observador frío.

Es el Padre que cuida.

El Pastor que conoce a sus ovejas.

El Salvador que conocía nuestro pecado y aun así fue a la cruz.

Oremos:

Señor, tú lo sabes todo.
No puedo esconderme de ti.
No puedo sorprenderte.
No puedo explicarte algo que tú ya no conozcas.
Perdóname por fingir.
Purifica mis motivaciones.
Consuela mis heridas.
Dirige mi futuro.
Enséñame a descansar en tu conocimiento perfecto.
Y cuando yo no entienda el camino, ayúdame a confiar en que tú sí lo conoces.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo entraremos en otra verdad majestuosa:

Dios no solamente sabe todo.

Dios puede hacer todo lo que corresponde a su santa voluntad.

No hay poder que pueda competir con Él.

No hay imperio que pueda detenerlo.

No hay enemigo que pueda vencerlo.

CAPÍTULO 4

EL DIOS TODOPODEROSO: CUANDO NADA ES IMPOSIBLE PARA ÉL

El momento en que Abraham escuchó algo imposible

Abraham era anciano.

Sara también.

Humanamente hablando, el tiempo había pasado.

La promesa de un hijo parecía cada vez más difícil de comprender.

No estamos hablando de una pequeña demora.

Estamos hablando de una imposibilidad humana.

El cuerpo de Abraham ya no tenía la fuerza de antes.

El vientre de Sara era estéril.

Los años habían avanzado.

Y entonces Dios habló.

Prometió que Sara tendría un hijo.

Sara escuchó y se rió.

No una risa de burla abierta, sino esa risa que nace cuando la realidad humana parece demasiado fuerte.

Entonces el Señor hizo una pregunta que atraviesa generaciones:

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil?”

Génesis 18:14.

Esa pregunta sigue viva.

Cuando el diagnóstico parece definitivo.

Cuando una puerta parece cerrada.

Cuando una familia parece destruida.

Cuando una nación parece perdida.

Cuando una vida parece demasiado quebrada.

Cuando el llamado parece más grande que las fuerzas.

Cuando el enemigo parece haber ganado terreno.

La pregunta vuelve:

¿Hay para Dios alguna cosa difícil?

La respuesta bíblica es clara:

No.

Dios es todopoderoso.

Pero debemos entender bien esta verdad.

Porque decir que Dios es todopoderoso no significa que Dios actúa de manera caprichosa, contradictoria o separada de su carácter.

Dios puede hacer todo lo que corresponde a su santa voluntad.

Su poder nunca está separado de su sabiduría.

Su poder nunca contradice su santidad.

Su poder nunca destruye su fidelidad.

Él no solamente tiene poder.

Él es perfectamente poderoso.

1. El Dios que llama las cosas que no son como si fuesen

Pablo, hablando de Abraham, dice que creyó en el Dios:

“Que da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen”.

Romanos 4:17.

Esa frase es poderosa.

Dios no depende del material disponible.

Nosotros construimos con lo que tenemos.

Dios crea por su palabra.

En Génesis, Dios dijo:

“Sea la luz”.

Y fue la luz.

Génesis 1:3.

No hubo resistencia.

No hubo negociación.

No hubo lucha entre Dios y la oscuridad.

Dios habló.

La luz apareció.

El poder de Dios no es un poder prestado.

No es un poder que necesita permiso.

No es un poder que compite en igualdad con otros poderes.

Todo poder creado es limitado.

El poder de Dios es absoluto dentro de la perfección de su naturaleza.

2. Nada es demasiado difícil para Él

Jeremías oró diciendo:

“¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti”.

Jeremías 32:17.

Jeremías no dijo esto en un momento fácil.

Lo dijo en un contexto complejo.

La ciudad estaba bajo amenaza.

El juicio venía.

La situación nacional era grave.

Y aun así, Jeremías afirma:

Nada es difícil para ti.

A veces creemos en el poder de Dios en teoría, pero lo olvidamos en la crisis.

Decimos que Dios creó los cielos y la tierra, pero dudamos si puede sostenernos mañana.

Creemos que abrió el mar, pero dudamos si puede abrir una puerta.

Creemos que resucitó a Cristo, pero pensamos que una vida destruida ya no puede levantarse.

El problema no es que la situación sea más grande que Dios.

El problema es que nuestra visión de Dios se volvió demasiado pequeña.

3. El poder de Dios y nuestros límites

Nosotros tenemos límites.

Nos cansamos.

Nos enfermamos.

Nos equivocamos.

Nos confundimos.

Nos quedamos sin recursos.

Nos faltan fuerzas.

Hay puertas que no podemos abrir.

Hay corazones que no podemos cambiar.

Hay muertos que no podemos resucitar.

Hay cadenas que no podemos romper con fuerza humana.

Pero Dios no comparte nuestras limitaciones.

Isaías escribió:

“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas”.

Isaías 40:29.

Dios no se cansa, pero fortalece al cansado.

No se debilita, pero levanta al débil.

No necesita ayuda, pero ayuda.

No depende de nosotros, pero nos sostiene.

Por eso el creyente no debe negar sus límites.

Debe llevarlos delante del Dios ilimitado.

4. El poder de Dios no es espectáculo

Aquí necesitamos una advertencia.

Algunas personas hablan del poder de Dios como si fuera un show.

Buscan manifestaciones para impresionar.

Quieren señales para construir reputación.

Miden la presencia de Dios por intensidad emocional.

Pero el poder de Dios no fue dado para engrandecer al hombre.

Fue dado para glorificar a Dios, confirmar su propósito, edificar su pueblo y extender su Reino.

Jesús hizo milagros.

Pero nunca los usó para alimentar vanidad.

Cuando Satanás lo tentó a convertir piedras en pan, Jesús no usó su poder para obedecer una sugerencia del enemigo.

Cuando lo tentó a lanzarse del pináculo del templo, Jesús no usó el poder de Dios para producir un espectáculo religioso.

El poder de Dios siempre está sometido al propósito de Dios.

5. El poder que abrió el mar

Israel estaba frente al mar.

Egipto venía detrás.

Humanamente no había salida.

El pueblo tuvo miedo.

Moisés dijo:

“No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros”.

Éxodo 14:13.

Dios abrió el mar.

El pueblo pasó.

Egipto fue derrotado.

La liberación de Israel no fue resultado de estrategia militar superior.

Fue obra del poder de Dios.

Pero observe algo.

Dios abrió el mar en el camino de obediencia.

El mar no se abrió para que el pueblo regresara a Egipto más cómodo.

Se abrió para avanzar hacia el propósito de Dios.

Muchas veces pedimos poder para evitar obediencia.

Pero Dios manifiesta su poder para llevarnos hacia su voluntad.

6. El poder que derriba gigantes

David era joven.

Goliat era guerrero.

La diferencia visible era enorme.

Armadura.

Experiencia.

Tamaño.

Intimidación.

Pero David vio algo que otros habían olvidado.

La batalla no dependía solamente de fuerza humana.

Dijo:

“Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos”.

1 Samuel 17:45.

David no negó que Goliat fuera grande.

Pero sabía que Dios era mayor.

La fe no consiste en negar la realidad del problema.

Consiste en mirar el problema delante de la grandeza de Dios.

Cuando perdemos la visión de Dios, los gigantes crecen.

Cuando vemos a Dios correctamente, el gigante vuelve a su tamaño real.

7. El poder que resucita

El mayor despliegue del poder de Dios no fue simplemente abrir un mar o derribar un gigante.

Fue levantar a Jesucristo de entre los muertos.

Pablo habla de la grandeza del poder de Dios:

“La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos”.

Efesios 1:20.

La tumba parecía el final.

Los discípulos estaban confundidos.

Los enemigos pensaban haber silenciado a Jesús.

Pero al tercer día, Dios lo levantó.

La resurrección es la declaración definitiva de que la muerte no tiene la última palabra.

Si Dios resucitó a Cristo, entonces nuestra esperanza no es débil.

El mismo poder que levantó a Cristo sostiene la esperanza del creyente.

8. Dios puede, pero no siempre hace lo que pedimos

Aquí debemos madurar.

Creer que Dios es todopoderoso no significa que siempre hará exactamente lo que nosotros pedimos.

Sadrac, Mesac y Abed-nego lo entendieron.

Dijeron que Dios podía librarlos del horno.

Pero también dijeron:

“Y si no... no serviremos a tus dioses”.

Daniel 3:18.

Esa es una fe madura.

Dios puede.

Pero si decide no hacerlo como esperamos, sigue siendo Dios.

El poder de Dios no está al servicio de nuestros caprichos.

Dios no es una máquina de respuestas.

Él es Padre sabio.

Rey soberano.

Señor santo.

A veces libra del fuego.

A veces acompaña en el fuego.

A veces sana inmediatamente.

A veces sostiene en el proceso.

A veces abre la puerta.

A veces nos forma delante de una puerta cerrada.

La fe verdadera no se basa en controlar a Dios.

Se basa en confiar en Él.

9. El poder de Dios se perfecciona en la debilidad

Pablo tenía un aguijón en la carne.

Oró para que le fuera quitado.

Tres veces.

La respuesta del Señor fue:

“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”.

2 Corintios 12:9.

Esto va contra nuestro orgullo.

Nosotros queremos que el poder de Dios se manifieste eliminando toda debilidad.

Pero a veces Dios manifiesta su poder sosteniéndonos en medio de ella.

Pablo respondió:

“Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”.

2 Corintios 12:9.

No celebraba el sufrimiento por sí mismo.

Celebraba que la gracia de Cristo era suficiente.

Hay debilidades que nos enseñan dependencia.

Hay limitaciones que nos protegen del orgullo.

Hay procesos que nos recuerdan que el tesoro está en vasos de barro.

10. El poder y la oración

La oración se vuelve diferente cuando recordamos que Dios es todopoderoso.

No oramos a una idea.

No oramos a un símbolo.

No oramos a una energía impersonal.

Oramos al Dios que creó los cielos y la tierra.

Por eso los primeros creyentes, cuando enfrentaron amenazas, oraron diciendo:

“Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay”.

Hechos 4:24.

Ellos comenzaron su oración recordando quién es Dios.

Luego pidieron valentía.

No pidieron comodidad primero.

Pidieron poder para seguir hablando la Palabra.

Eso nos enseña algo.

La oración madura no usa el poder de Dios solamente para escapar de presión.

Lo busca para cumplir misión.

11. Poder para testificar

Jesús dijo:

“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos”.

Hechos 1:8.

El poder del Espíritu no fue dado para vanidad espiritual.

Fue dado para testimonio.

Para anunciar a Cristo.

Para vivir con valentía.

Para llevar el evangelio.

Para formar discípulos.

Para servir.

Cuando la Iglesia busca poder sin misión, se desordena.

Cuando busca misión sin poder, se agota.

Necesitamos ambas cosas.

Poder del Espíritu y fidelidad al mensaje de Cristo.

12. El poder de Dios y la guerra espiritual

En guerra espiritual, esta doctrina es indispensable.

No enfrentamos al enemigo con fuerza humana.

No vencemos tinieblas con gritos vacíos.

No liberamos cautivos por personalidad fuerte.

No resistimos al diablo por técnica humana.

Nuestra autoridad descansa en Cristo.

Pablo dice:

“Fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza”.

Efesios 6:10.

No dice:

“Fortaleceos en vuestra experiencia”.

Ni:

“Fortaleceos en vuestro temperamento”.

Dice:

En el Señor.

Todo ministerio de liberación debe recordar esto.

El poder pertenece a Dios.

La gloria pertenece a Cristo.

El ministro es instrumento.

Cuando olvidamos esto, podemos caer en orgullo, espectáculo o abuso.

13. El poder de Dios no justifica irresponsabilidad

Algunas personas dicen:

“Dios es poderoso”, pero lo usan como excusa para no prepararse.

No estudian.

No trabajan.

No organizan.

No cuidan su salud.

No administran bien.

No corrigen errores.

Y luego esperan que el poder de Dios cubra toda negligencia.

Eso no es fe.

Es irresponsabilidad espiritual.

Dios es poderoso, pero también nos llama a obedecer, sembrar, trabajar, planificar y ser fieles.

Nehemías oró.

Pero también organizó el trabajo.

David confió en Dios.

Pero tomó piedras.

Pablo dependía del Espíritu.

Pero escribía, viajaba, discipulaba, corregía y trabajaba intensamente.

El poder de Dios no elimina nuestra responsabilidad.

La capacita.

14. El poder que transforma corazones

Uno de los milagros más grandes es un corazón transformado.

A veces buscamos solamente milagros visibles.

Pero cuando un pecador se arrepiente, cuando un orgulloso se humilla, cuando un adicto es restaurado, cuando un violento aprende mansedumbre, cuando un amargado perdona, cuando un incrédulo cree, estamos viendo poder de Dios.

Pablo dijo:

“El evangelio... es poder de Dios para salvación”.

Romanos 1:16.

El evangelio no es consejo humano con lenguaje religioso.

Es poder de Dios para salvación.

Por eso nunca debemos avergonzarnos de predicar a Cristo.

La Palabra de la cruz parece locura para algunos.

Pero para los que se salvan es poder de Dios.

15. El poder de Dios y la esperanza final

La omnipotencia de Dios también sostiene nuestra esperanza futura.

Si Dios no fuera todopoderoso, sus promesas podrían fallar.

Pero el Dios que prometió nueva creación tiene poder para cumplirla.

El Dios que prometió resurrección tiene poder para levantar a los muertos.

El Dios que prometió juzgar el mal tiene poder para hacerlo.

El Dios que prometió consumar su Reino tiene poder para traerlo.

Apocalipsis no termina con el mal venciendo.

Termina con Dios reinando.

“Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina”.

Apocalipsis 19:6.

Todopoderoso.

Esa palabra es nuestra esperanza.

REFLEXIÓN FINAL

Dios es todopoderoso.

Pero su poder no es caprichoso.

No es espectáculo.

No es manipulación.

No está al servicio del orgullo humano.

Su poder es santo, sabio, justo y redentor.

Creó el universo.

Abrió el mar.

Derribó gigantes.

Sostuvo a sus siervos.

Levantó a Cristo de entre los muertos.

Transforma pecadores.

Fortalece al débil.

Sostiene a su Iglesia.

Y cumplirá su propósito eterno.

Por eso, cuando una situación parezca imposible, recuerde la pregunta de Génesis:

¿Hay para Dios alguna cosa difícil?

Oremos:

**Señor Dios Todopoderoso, reconozco mis límites delante de ti.
Perdóname por las veces que he mirado mis problemas como si fueran más grandes que tú.
Líbrame también de usar tu poder para mi orgullo o comodidad.
Enséñame a confiar en tu fuerza, a depender de tu gracia y a**

servir con humildad.
Manifiesta tu poder en mi vida para obedecerte, testificar de Cristo, resistir al enemigo y permanecer fiel hasta el final.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 5

EL DIOS SANTO: CUANDO LA GLORIA REVELA NUESTRA CONDICIÓN

El día en que Isaías dejó de mirar a los demás

Isaías vivió en tiempos difíciles.

Había crisis nacional.

Había pecado en el pueblo.

Había labios llenos de religiosidad, pero corazones lejos de Dios.

Había injusticia.

Había orgullo.

Había decadencia espiritual.

Isaías podía mirar a su alrededor y señalar muchas cosas que estaban mal.

Y ciertamente había mucho que denunciar.

Pero un día vio algo que cambió completamente su vida.

La Escritura dice:

“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime”.

Isaías 6:1.

El rey humano había muerto.

Pero el Rey eterno seguía sentado en el trono.

Isaías vio al Señor.

Vio gloria.

Vio majestad.

Vio serafines.

Y escuchó una declaración que no decía:

“Dios es amor, amor, amor”.

Aunque Dios es amor.

No decía:

“Dios es poder, poder, poder”.

Aunque Dios es todopoderoso.

Decía:

“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.

Isaías 6:3.

Santo.

Santo.

Santo.

La santidad de Dios no es un detalle secundario.

Es central para conocer quién es Él.

1. ¿Qué significa que Dios es santo?

La santidad de Dios habla de su absoluta separación de todo lo común, impuro, pecaminoso y creado.

Dios es único.

No hay otro como Él.

Él es moralmente perfecto.

No hay sombra de maldad en Él.

No hay corrupción.

No hay doble intención.

No hay injusticia.

No hay mentira.

No hay impureza.

No hay oscuridad.

Juan escribió:

“Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”.

1 Juan 1:5.

No dice que Dios tiene un poco de luz.

Dice que Dios es luz.

Y no hay tinieblas en Él.

Ni una parte.

Ni una sombra.

Ni un rincón oculto.

Él es perfectamente santo.

2. La santidad revela nuestra condición

Cuando Isaías vio la gloria de Dios, no dijo primero:

“¡Ay de ellos!”

Dijo:

“¡Ay de mí! que soy muerto”.

Isaías 6:5.

Eso es lo que ocurre cuando una persona se encuentra verdaderamente con la santidad de Dios.

Deja de compararse con otros.

Deja de justificarse por ser mejor que alguien.

Deja de esconderse detrás de su cargo, ministerio, historia o reputación.

Isaías era profeta.

Pero delante de la santidad de Dios reconoció su propia condición.

Dijo:

“Porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey”.

Isaías 6:5.

La santidad de Dios revela lo que la comparación humana oculta.

Nosotros podemos parecer buenos cuando nos comparamos con personas peores.

Pero cuando nos vemos delante de Dios, entendemos que necesitamos gracia.

3. La santidad y el pecado

El pecado no es pequeño porque nosotros nos hayamos acostumbrado a verlo.

El pecado es grave porque ofende a un Dios santo.

Una generación puede normalizar lo que Dios condena.

Una cultura puede celebrar lo que Dios llama pecado.

Un corazón puede justificar lo que la Palabra confronta.

Pero la santidad de Dios no cambia.

Habacuc dijo:

“Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”.

Habacuc 1:13.

Esto no significa que Dios no pueda observar que el mal existe.

Significa que no lo mira con aprobación.

Dios no se acomoda al pecado.

No negocia con la maldad.

No rebaja su santidad para adaptarse a nuestra época.

4. La santidad y la adoración

La verdadera adoración nace cuando vemos a Dios como Él es.

Si nuestra visión de Dios es pequeña, nuestra adoración será superficial.

Pero cuando contemplamos su santidad, la adoración se vuelve reverente.

Los serafines cubrían sus rostros.

Isaías tembló.

La gloria llenaba el templo.

Esto nos enseña que la adoración no es entretenimiento religioso.

No es simplemente música.

No es ambiente.

No es emoción fabricada.

Adorar es responder a la grandeza de Dios.

Y cuando la santidad de Dios está presente, el corazón no juega.

Se rinde.

5. La santidad y el ministerio

Después de que Isaías fue confrontado y purificado, escuchó la voz del Señor:

"¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?"

Isaías respondió:

"Heme aquí, envíame a mí".

Isaías 6:8.

Observe el orden.

Primero visión de Dios.

Luego quebrantamiento.

Luego purificación.

Luego llamado.

Muchos quieren ser enviados sin ser tratados.

Quieren púlpito sin altar.

Quieren autoridad sin santidad.

Quieren misión sin purificación.

Pero Isaías nos enseña que el ministro debe ser confrontado por la santidad de Dios antes de ser enviado en el nombre de Dios.

6. Sed santos, porque yo soy santo

Dios dijo a su pueblo:

“Sed santos, porque yo soy santo”.

1 Pedro 1:16.

La santidad no es una opción para creyentes avanzados.

Es el llamado de todos los hijos de Dios.

No significa vivir con apariencia religiosa.

No significa legalismo.

No significa orgullo moral.

Santidad significa pertenecer a Dios y vivir separado para Él.

Implica abandonar lo que contamina.

Implica obedecer la verdad.

Implica permitir que el carácter de Cristo sea formado en nosotros.

La santidad bíblica no nos hace duros y arrogantes.

Nos hace más parecidos a Cristo.

7. Santidad sin gracia produce condenación; gracia sin santidad produce engaño

Debemos mantener juntas dos verdades.

Dios es santo.

Dios es misericordioso.

Si predicamos santidad sin gracia, aplastamos al quebrantado.

Si predicamos gracia sin santidad, adormecemos al pecador.

La cruz mantiene ambas verdades unidas.

En la cruz vemos la gravedad del pecado.

Y también vemos la profundidad del amor de Dios.

Cristo no murió para que siguiéramos esclavos del pecado.

Murió para salvarnos, perdonarnos, limpiarnos y hacernos suyos.

Pablo escribió:

“Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”.

1 Tesalonicenses 4:7.

8. La santidad en lo secreto

La verdadera santidad se prueba donde nadie nos ve.

Cuando estamos solos.

Cuando nadie revisa.

Cuando nadie aplaude.

Cuando nadie sabe.

José entendió esto cuando fue tentado por la esposa de Potifar.

Él dijo:

“¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?”

Génesis 39:9.

No dijo solamente:

“Me pueden descubrir”.

No dijo:

“Puedo perder mi posición”.

Dijo:

Pecaría contra Dios.

José vivía consciente del Dios santo.

Ese temor de Dios lo guardó.

La santidad verdadera no depende de vigilancia humana.

Nace de vivir delante de Dios.

9. La santidad y la Iglesia

Una iglesia puede crecer en número y perder santidad.

Puede tener música excelente y tolerar pecado.

Puede tener actividad intensa y poca reverencia.

Puede tener influencia pública y vida interna contaminada.

Cristo no busca una Iglesia solamente exitosa.

Busca una Iglesia santa.

Pablo escribió que Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella:

“Para santificarla... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga”.

Efesios 5:26-27.

El propósito de Cristo no es solamente reunir gente.

Es formar un pueblo santo.

10. La santidad y la guerra espiritual

En guerra espiritual, la santidad es protección.

Una persona puede conocer técnicas, oraciones, protocolos y vocabulario espiritual.

Pero si vive en pecado oculto, está en peligro.

El enemigo busca puertas.

Busca acusaciones.

Busca terreno.

Pablo dijo:

“Ni deis lugar al diablo”.

Efesios 4:27.

La santidad cierra accesos.

No porque nuestra perfección nos salve, sino porque una vida rendida a Dios no coopera con las tinieblas.

Un ministro de liberación sin santidad puede terminar intentando cerrar puertas en otros mientras mantiene puertas abiertas en sí mismo.

Eso es peligroso.

11. La santidad y el amor

Algunas personas piensan que la santidad hace a Dios distante y frío.

Pero la santidad de Dios no elimina su amor.

Lo purifica.

Dios no ama como nosotros amamos.

Nuestro amor puede estar mezclado con egoísmo, necesidad, control o miedo.

El amor de Dios es santo.

No consiente el pecado que destruye.

No llama bueno a lo malo.

No abandona la verdad para ser aceptado.

Precisamente porque Dios ama, confronta lo que mata.

Un padre que ama no celebra la destrucción de su hijo.

Dios ama demasiado para llamar vida a lo que produce muerte.

12. La santidad y la cruz

La cruz es el lugar donde comprendemos que Dios no tomó el pecado a la ligera.

Si el pecado fuera pequeño, la cruz no habría sido necesaria.

Cristo murió porque el pecado es real, grave y mortal.

Pero la cruz también muestra que Dios quiso salvar.

En la cruz vemos santidad y gracia.

Justicia y misericordia.

Juicio y amor.

El pecado fue condenado.

El pecador puede ser perdonado.

Por eso la santidad cristiana no nace de miedo servil, sino de gratitud redimida.

No buscamos santidad para que Dios nos ame.

Buscamos santidad porque en Cristo hemos sido amados, comprados y llamados a pertenecerle.

REFLEXIÓN FINAL

Dios es santo.

Santo en su ser.

Santo en sus caminos.

Santo en sus juicios.

Santo en su amor.

Santo en su misericordia.

Santo en su presencia.

La santidad de Dios revela nuestra condición, destruye nuestras excusas y nos llama a rendirnos.

Pero también nos conduce a la gracia.

Isaías fue confrontado.

Pero también fue purificado.

El carbón tocó sus labios.

Su culpa fue quitada.

Su pecado fue limpiado.

Luego fue enviado.

Ese es el camino.

Ver a Dios.

Reconocer nuestra condición.

Ser limpiados por su gracia.

Y servir con reverencia.

Oremos:

Dios santo, abre mis ojos para verte con reverencia.
Perdóname por tratar el pecado con ligereza.
Limpia mis labios, mis pensamientos, mis motivaciones y mis caminos.
No quiero servirte con apariencia y corazón dividido.
Hazme santo, no por orgullo religioso, sino porque te

pertenezco.
Que mi vida pública y mi vida secreta estén delante de ti con integridad.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 6

EL DIOS JUSTO: CUANDO EL MAL NO QUEDA SIN RESPUESTA

La pregunta que nace cuando vemos sufrir al inocente

Hay preguntas que nacen en un salón de clases.

Y hay preguntas que nacen en medio de las lágrimas.

No son iguales.

Una persona puede preguntar:

¿Por qué Dios permite el mal?

Pero esa pregunta suena diferente cuando quien la hace acaba de perder a alguien.

Suena diferente cuando una madre llora por un hijo.

Cuando una persona fue víctima de una injusticia.

Cuando alguien fue engañado.

Cuando una familia fue destruida por la violencia.

Cuando un corrupto prospera mientras una persona honrada lucha para sobrevivir.

Cuando una guerra deja niños sin hogar.

Cuando un criminal parece escapar de la justicia.

Cuando alguien que hizo daño continúa su vida como si nada hubiera ocurrido.

Entonces la pregunta deja de ser teórica.

Se convierte en un clamor:

¿Dónde está la justicia de Dios?

La Biblia no huye de esa pregunta.

Los profetas la hicieron.

Los salmistas la hicieron.

Job luchó con ella.

Habacuc la llevó delante de Dios.

Jeremías preguntó.

Asaf confesó que casi perdió la estabilidad espiritual al ver prosperar a los malos.

La Biblia no presenta una fe artificial que nunca pregunta.

Presenta hombres y mujeres que aprendieron a llevar sus preguntas delante de Dios.

Y en medio de esas preguntas aparece una verdad firme:

Dios es justo.

El mal no tendrá la última palabra.

La injusticia no reinará para siempre.

El pecado no quedará eternamente sin respuesta.

Puede parecer que el juicio tarda.

Pero Dios no ha abandonado su trono.

1. Abraham hizo una pregunta que todavía hacemos

Dios había revelado a Abraham que el clamor contra Sodoma y Gomorra era grande.

Abraham sabía que su sobrino Lot vivía en aquella región.

Entonces comenzó una conversación con Dios.

Preguntó:

“¿Destruirás también al justo con el impío?”

Génesis 18:23.

Abraham continuó intercediendo.

Y en medio de su conversación hizo una declaración extraordinaria:

“El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”

Génesis 18:25.

Esa pregunta contiene una convicción.

Dios es el Juez de toda la tierra.

No solamente de Israel.

No solamente de una iglesia.

No solamente de quienes creen en Él.

De toda la tierra.

Y el Juez de toda la tierra hará lo que es justo.

Abraham no comprendía todos los detalles.

Pero conocía el carácter de Dios.

Hay momentos en los que nosotros tampoco comprendemos todos los detalles.

Entonces necesitamos aferrarnos al carácter de Dios.

2. ¿Qué significa que Dios es justo?

Cuando decimos que Dios es justo, afirmamos que siempre actúa de acuerdo con la perfección de su propio carácter.

Dios nunca hace algo moralmente incorrecto.

Nunca juzga por información incompleta.

Nunca acepta soborno.

Nunca favorece al poderoso por miedo.

Nunca condena al inocente por error.

Nunca necesita corregir una sentencia porque apareció una evidencia que desconocía.

Nunca pierde un caso por incompetencia.

Nunca envejece un expediente hasta olvidarlo.

Nunca se deja intimidar.

Nunca es corrupto.

Moisés declaró:

“Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto”.

Deuteronomio 32:4.

Todos sus caminos.

No algunos.

No solamente los que comprendemos.

Todos.

3. Nuestra justicia es limitada

Nosotros juzgamos con información parcial.

Escuchamos una versión.

Luego escuchamos otra.

Aparece una nueva evidencia.

Descubrimos un detalle que no conocíamos.

Podemos equivocarnos.

Dios no.

Nosotros podemos ser manipulados por emociones.

Dios no.

Podemos favorecer a alguien porque lo conocemos.

Dios no.

Podemos juzgar por apariencia.

Dios conoce el corazón.

Por eso Pablo escribió:

“Porque no hay acepción de personas para con Dios”.

Romanos 2:11.

El dinero no impresiona a Dios.

La posición no impresiona a Dios.

La nacionalidad no impresiona a Dios.

El título ministerial no impresiona a Dios.

El apellido no impresiona a Dios.

Delante de Él todos compareceremos.

4. Habacuc miró la violencia y preguntó

Habacuc comenzó su libro con un clamor:

"¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás?"

Habacuc 1:2.

Miraba violencia.

Iniquidad.

Destrucción.

Pleito.

Contienda.

La ley parecía debilitada.

La justicia parecía torcida.

¿Le resulta familiar?

Hay épocas en las que parece que el mal avanza más rápido que la justicia.

Habacuc miraba su sociedad y preguntaba:

¿Hasta cuándo?

Dios respondió.

Pero la respuesta no fue exactamente lo que Habacuc esperaba.

Dios estaba obrando en la historia de una manera que el profeta no comprendía completamente.

Entonces Habacuc tuvo que aprender una de las lecciones más difíciles de la fe:

Dios puede estar obrando aun cuando yo no entiendo su método.

Al final del libro, las circunstancias todavía no eran fáciles.

Pero Habacuc había cambiado.

Terminó diciendo:

“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos... con todo, yo me alegraré en Jehová”.

Habacuc 3:17-18.

La fe del profeta maduró.

No porque recibió control sobre todos los acontecimientos.

Sino porque aprendió a confiar en el Dios justo.

5. Asaf casi cayó mirando a los malos

El Salmo 73 es profundamente humano.

Asaf comienza diciendo:

“Ciertamente es bueno Dios para con Israel”.

Salmo 73:1.

Pero inmediatamente confiesa:

“En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies”.

Salmo 73:2.

¿Por qué?

Porque veía prosperar a los impíos.

Miraba personas arrogantes.

Violentas.

Orgullosas.

Y aparentemente les iba bien.

Mientras tanto, él intentaba vivir correctamente y enfrentaba dificultades.

Entonces se preguntó si había valido la pena mantenerse limpio.

Ese pensamiento puede aparecer en el corazón.

“Yo intenté hacer las cosas bien y mira lo que me pasó”.

“Aquel engañó y prosperó”.

“Yo fui fiel y perdí”.

“Aquel hizo daño y sigue tranquilo”.

Asaf estuvo confundido hasta que dijo:

“Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos”.

Salmo 73:17.

Asaf estaba mirando una fotografía.

Dios le mostró que había una historia completa.

No podemos juzgar la justicia final de Dios mirando solamente el capítulo presente.

6. El retraso no significa ausencia

Una de las mayores dificultades para nosotros es el tiempo.

Queremos justicia ahora.

Y es comprensible.

Cuando alguien ha sufrido, esperar parece doloroso.

Pero la Biblia enseña que la paciencia de Dios no debe confundirse con indiferencia.

Pedro escribió:

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros”.

2 Pedro 3:9.

La paciencia de Dios abre espacio para el arrepentimiento.

Piense en esto.

Si Dios ejecutara juicio inmediato sobre cada pecado en el instante en que ocurre, ¿quién permanecería?

Nosotros queremos justicia rápida para los pecados de otros y misericordia abundante para los nuestros.

Pero Dios es perfectamente justo y perfectamente sabio.

Su paciencia no significa aprobación.

El hecho de que alguien no haya recibido todavía las consecuencias finales de su maldad no significa que Dios no vio.

7. Dios escucha el clamor del oprimido

Cuando Israel estaba en Egipto, el pueblo sufrió esclavitud.

Dios dijo a Moisés:

“Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor”.

Éxodo 3:7.

Bien he visto.

He oído.

Dios no era indiferente.

Había un tiempo de intervención.

Y ese tiempo llegó.

Faraón pensaba que era dueño de personas.

Pensaba que podía decidir sobre sus vidas.

Pensaba que su poder era absoluto.

Pero Dios escuchó el clamor.

Esta verdad atraviesa toda la Escritura.

Dios tiene especial preocupación por el vulnerable.

La viuda.

El huérfano.

El extranjero.

El pobre.

El oprimido.

Por eso una Iglesia que predica justicia divina pero ignora el sufrimiento humano no ha comprendido completamente el corazón de Dios.

8. La justicia debe reflejarse en el pueblo de Dios

El profeta Miqueas preguntó:

"¿Y qué pide Jehová de ti?"

Y respondió:

“Solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”.

Miqueas 6:8.

Observe el equilibrio.

Justicia.

Misericordia.

Humildad.

Hay personas que hablan de justicia sin misericordia.

Se vuelven duras.

Otras hablan de misericordia sin justicia.

Terminan tolerando abuso.

Y otras hablan de ambas desde el orgullo.

Miqueas une las tres.

El pueblo del Dios justo debe actuar justamente.

Eso incluye la manera en que tratamos a empleados.

La manera en que administramos dinero.

La manera en que tratamos a la familia.

La manera en que ejercemos autoridad ministerial.

La manera en que respondemos a una acusación.

La manera en que protegemos al vulnerable.

No podemos cantar acerca de la justicia de Dios y practicar injusticia en nuestras relaciones.

9. La justicia en el liderazgo cristiano

Un líder puede ser admirado públicamente y actuar injustamente en privado.

Puede usar su autoridad para silenciar preguntas.

Puede favorecer a personas cercanas.

Puede proteger a alguien porque aporta dinero.

Puede ignorar el sufrimiento de una víctima para proteger la reputación de una institución.

Puede utilizar lenguaje espiritual para controlar.

Eso no refleja el carácter de Dios.

Dios no necesita que protejamos su obra mediante injusticia.

La verdad no necesita encubrimiento.

La Iglesia debe ser un lugar donde la justicia y la misericordia caminen juntas.

Especialmente en ministerios que trabajan con personas vulnerables.

Capellanía.

Consejería.

Atención a personas con adicciones.

Centros de formación.

Ministerios de liberación.

Atención a víctimas de violencia.

En esos espacios, la autoridad debe ejercerse con temor de Dios.

Porque estamos tratando con vidas, no con números.

10. La justicia y la guerra espiritual

En algunos ambientes se atribuye todo problema a demonios.

Eso puede llevar a errores graves.

No toda injusticia necesita primero una explicación demonológica.

A veces hay pecado humano.

Abuso de poder.

Corrupción.

Mentira.

Manipulación.

Irresponsabilidad.

La guerra espiritual bíblica no elimina la responsabilidad humana.

Faraón endureció su corazón y también enfrentó el juicio de Dios.

Judas fue influenciado por Satanás, pero siguió siendo responsable de su decisión.

Ananías permitió que Satanás llenara su corazón para mentir, pero Pedro lo confrontó personalmente por su pecado.

Debemos mantener equilibrio bíblico.

No podemos usar al diablo como excusa para evitar responsabilidad.

El arrepentimiento requiere llamar al pecado por su nombre.

11. ¿Por qué Dios no destruye inmediatamente todo el mal?

Esta pregunta merece una respuesta cuidadosa.

A veces imaginamos el mal solamente fuera de nosotros.

Los malos son “ellos”.

Los corruptos.

Los violentos.

Los mentirosos.

Los pecadores.

Pero Jesús enseñó que el mal también sale del corazón humano.

Marcos 7:21-23.

Si pedimos que Dios elimine inmediatamente todo mal del mundo, debemos preguntarnos:

¿Dónde comenzaría?

La Biblia dice:

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”.

Romanos 3:23.

Todos necesitamos gracia.

La paciencia de Dios no niega su justicia.

Nos da tiempo para arrepentirnos.

Pero la Escritura también enseña que esa paciencia no será infinita.

Habrá juicio.

12. La cruz: donde la justicia y la misericordia se encuentran

¿Cómo puede un Dios justo perdonar al culpable?

Esta es una de las preguntas centrales del evangelio.

Si un juez humano dijera:

“Sé que este hombre es culpable, pero como soy amoroso lo dejaré libre sin justicia”,

no lo llamaríamos buen juez.

Lo llamaríamos injusto.

Entonces, ¿cómo puede Dios perdonar pecadores y continuar siendo justo?

La respuesta está en la cruz.

Pablo explica que Dios presentó a Cristo como sacrificio, para manifestar su justicia:

“A fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Romanos 3:26.

Justo.

Y justificador.

En la cruz, Dios no fingió que el pecado no importaba.

Cristo cargó con nuestros pecados.

La justicia fue satisfecha.

La gracia fue ofrecida.

La cruz declara dos cosas al mismo tiempo:

El pecado es más grave de lo que pensamos.

Y el amor de Dios es más profundo de lo que imaginamos.

13. Jesús recibió una injusticia humana para cumplir la justicia divina

El juicio de Jesús fue injusto.

Hubo acusaciones falsas.

Manipulación.

Presión política.

Cobardía.

Violencia.

Burlas.

Pilato reconoció que no encontraba delito digno de muerte.

Y aun así, Jesús fue crucificado.

Desde la perspectiva humana, vemos una terrible injusticia.

Pero Dios estaba cumpliendo su plan redentor.

Pedro dijo:

“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

1 Pedro 3:18.

El Justo por los injustos.

Cristo ocupó nuestro lugar.

Esto no hace buena la maldad de quienes actuaron injustamente.

Pero demuestra que la maldad humana no puede derrotar el propósito de Dios.

14. Perdonar no significa llamar bueno a lo malo

Este punto es muy importante.

A veces enseñamos el perdón de una manera que puede herir más a quien sufrió.

Perdonar no significa decir que lo ocurrido estuvo bien.

No significa negar el dolor.

No significa eliminar automáticamente todas las consecuencias.

No significa impedir que la justicia civil actúe cuando corresponde.

No significa regresar a una situación peligrosa.

No significa confiar inmediatamente en alguien que no ha mostrado arrepentimiento.

El perdón cristiano entrega la venganza personal a Dios.

Pablo escribió:

“No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios”.

Romanos 12:19.

¿Por qué podemos renunciar a la venganza?

Porque existe un Juez.

Si no hubiera justicia final, perdonar sería mucho más difícil de comprender.

Pero podemos entregar el caso a Dios.

15. La justicia civil también tiene un lugar

Romanos 13 enseña que la autoridad civil tiene responsabilidad de contener el mal y castigar la conducta criminal.

Por eso no debemos espiritualizar delitos.

Si existe abuso, violencia, explotación o crimen, puede ser necesario acudir a las autoridades correspondientes.

Orar no reemplaza toda responsabilidad legal.

Perdonar no significa encubrir delitos.

La Iglesia debe aprender esto con claridad.

Especialmente cuando trabaja con niños, personas vulnerables, familias en crisis, cárceles, hospitales, adicciones y procesos de restauración.

La justicia también protege.

16. Cuando nosotros somos los que debemos arrepentirnos

Es fácil leer un capítulo sobre justicia pensando en lo que otros nos hicieron.

Pero debemos permitir que la Palabra nos examine.

¿He sido injusto con alguien?

¿He retenido lo que debía pagar?

¿He hablado falsamente?

¿He juzgado sin escuchar?

¿He usado una posición para favorecerme?

¿He ignorado a alguien porque no podía ofrecerme nada?

¿He pedido perdón sin reparar lo que era posible reparar?

Zaqueo tuvo un encuentro con Jesús.

Y dijo:

“Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”.

Lucas 19:8.

Su arrepentimiento produjo acciones.

La gracia no solamente dice:

“Me siento mal”.

Pregunta:

¿Qué debo corregir?

17. El juicio final

La Biblia enseña que habrá un día de rendición de cuentas.

Pablo dijo:

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo”.

2 Corintios 5:10.

Y Apocalipsis presenta la imagen del gran trono blanco.

Los muertos comparecen delante de Dios.

Apocalipsis 20.

Para algunos, hablar del juicio parece incómodo.

Pero si no existe juicio final, muchas injusticias nunca tendrían respuesta.

Hay criminales que murieron sin enfrentar tribunales humanos.

Gobernantes que destruyeron pueblos y murieron rodeados de privilegios.

Personas que hicieron daño y nunca pidieron perdón.

Víctimas que nunca recibieron justicia en esta vida.

La doctrina del juicio final declara:

La historia no terminará con expedientes abiertos.

Dios juzgará justamente.

18. Nadie engañará al Juez

En los tribunales humanos pueden faltar pruebas.

Puede desaparecer evidencia.

Un testigo puede mentir.

Un abogado puede manipular.

Un culpable puede escapar.

Pero delante de Dios no habrá falta de información.

Ya estudiamos que Dios es omnisciente.

Eso significa que su justicia está unida a su conocimiento perfecto.

El Juez sabe todo.

Conoce acciones.

Palabras.

Motivaciones.

Secretos.

Circunstancias.

Oportunidades.

Responsabilidades.

Nada será juzgado incorrectamente.

Por eso Abraham podía decir:

El Juez de toda la tierra hará lo que es justo.

19. La justicia de Dios y nuestra misión

Saber que habrá juicio no debe hacernos indiferentes.

Debe impulsarnos a predicar el evangelio.

Pablo dijo:

“Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres”.

2 Corintios 5:11.

La realidad del juicio aumenta la urgencia de la misión.

Las personas necesitan escuchar que hay perdón en Cristo.

Que hay reconciliación.

Que hay gracia.

Que el culpable puede ser justificado por la fe.

Que el pasado puede ser perdonado.

Que una nueva vida es posible.

Predicamos juicio.

Pero no terminamos en el juicio.

Anunciamos al Salvador.

20. El día en que la justicia y la paz llenarán la tierra

La esperanza cristiana no consiste solamente en que nosotros iremos a un lugar mejor.

Esperamos nuevos cielos y nueva tierra en los cuales mora la justicia.

2 Pedro 3:13.

Imagine un mundo sin corrupción.

Sin abuso.

Sin explotación.

Sin mentira.

Sin guerra.

Sin violencia.

Sin lágrimas producidas por el pecado.

Apocalipsis dice:

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos”.

Apocalipsis 21:4.

No porque Dios ignore la historia.

Sino porque habrá tratado finalmente con el mal.

La justicia de Dios no es una doctrina fría.

Es esperanza para el oprimido.

Es advertencia para el malvado.

Es llamado al arrepentimiento.

Es consuelo para quien espera.

REFLEXIÓN FINAL

El mal no tendrá la última palabra.

La mentira no tendrá la última palabra.

La corrupción no tendrá la última palabra.

El abuso no tendrá la última palabra.

La violencia no tendrá la última palabra.

La muerte no tendrá la última palabra.

Dios es justo.

Puede parecer que tarda.

Pero no olvida.

Puede parecer que guarda silencio.

Pero no está ausente.

Puede parecer que el mal avanza.

Pero el trono no está vacío.

Y al mismo tiempo, debemos recordar:

Nosotros también necesitamos misericordia.

No estamos delante del Juez como personas perfectamente inocentes.

Somos pecadores necesitados de gracia.

Por eso corremos a Cristo.

En Él encontramos al Justo que murió por los injustos.

En Él encontramos perdón.

En Él encontramos reconciliación.

En Él encontramos la esperanza de un mundo donde finalmente habitará la justicia.

Oremos:

Dios justo, hay cosas que no comprendo.
He visto injusticias que me han dolido y situaciones para las cuales no tengo respuesta.
Pero hoy decido confiar en tu carácter.
Tú ves.

Tú sabes.
Tú no olvidas.
Guarda mi corazón de la venganza y también de la indiferencia.
Hazme una persona justa, misericordiosa y humilde.
Muéstrame si he herido, engañado o tratado injustamente a alguien.
Dame valor para arrepentirme y reparar lo que pueda ser reparado.
Ayúdame a defender al vulnerable, acompañar al herido y anunciar a Cristo, en quien encontramos justicia, perdón y salvación.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo entraremos en una verdad que muchas personas conocen de memoria, pero que pocas veces comprenden en toda su profundidad.

Decimos:

Dios es amor.

Pero ¿qué significa realmente?

¿Ama Dios porque necesita ser amado?

¿Es su amor solamente una emoción?

¿Cómo puede un Dios de amor también corregir y juzgar?

¿Puede el amor de Dios separarse de su santidad y su verdad?

Vamos a descubrir que el amor de Dios es mucho más profundo, santo y poderoso de lo que nuestra cultura suele imaginar.

CAPÍTULO 7

EL DIOS QUE ES AMOR: MUCHO MÁS QUE UNA EMOCIÓN

La palabra que todos usan, pero no todos entienden

Pocas palabras son utilizadas tanto como la palabra **amor**.

Amamos a una persona.

Amamos una comida.

Amamos una ciudad.

Amamos una canción.

Amamos una actividad.

Amamos una idea.

Usamos la misma palabra para describir realidades completamente diferentes.

Nuestra cultura habla constantemente del amor.

Películas.

Canciones.

Libros.

Redes sociales.

Discursos.

Todo el mundo parece hablar de amor.

Pero existe una pregunta más profunda:

¿Qué es realmente el amor?

Para muchas personas, amar significa aprobar.

Si me amas, debes estar de acuerdo conmigo.

Si me amas, nunca debes confrontarme.

Si me amas, debes aceptar todas mis decisiones.

Si me amas, no debes hablarme de pecado.

Si me amas, no debes advertirme de consecuencias.

Pero cuando llegamos a la Biblia, descubrimos algo.

El amor de Dios es mucho más profundo que la aprobación emocional.

Dios ama.

Pero su amor es santo.

Dios ama.

Pero su amor es verdadero.

Dios ama.

Pero su amor no coopera con aquello que destruye al ser humano.

Dios ama demasiado para abandonar al pecador en la esclavitud.

Y hay una declaración todavía más profunda.

La Biblia no dice solamente que Dios **tiene** amor.

Dice:

“Dios es amor”.

1 Juan 4:8.

Para comprender esta verdad debemos regresar al principio.

Incluso antes del principio.

1. Dios no comenzó a amar cuando creó al ser humano

A veces pensamos en el amor de Dios solamente en relación con nosotros.

Dios nos creó.

Entonces nos amó.

Pero la Biblia nos lleva mucho más atrás.

Jesús, orando al Padre, dijo:

“Me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Juan 17:24.

Antes de la creación, había amor.

Antes de Adán.

Antes de Abraham.

Antes de Israel.

Antes de la Iglesia.

Antes de los ángeles.

Antes del universo.

El Padre amaba al Hijo.

Esto es profundamente importante.

Dios no creó al ser humano porque necesitara alguien que llenara un vacío emocional.

Dios no estaba incompleto.

No estaba solo en el sentido humano.

No necesitaba crear para aprender a amar.

El amor pertenece eternamente a la vida del Dios trino.

Padre.

Hijo.

Espíritu Santo.

Dios no necesita recibir algo de nosotros para comenzar a ser amor.

Él es amor.

2. El amor comienza en Dios, no en nosotros

Juan escribió:

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros”.

1 Juan 4:10.

Observe el orden.

Él nos amó primero.

La historia de la salvación no comienza con seres humanos buscando desesperadamente a Dios.

Comienza con Dios buscando al ser humano perdido.

Después del pecado, Adán se escondió.

¿Quién llamó?

Dios.

Caín pecó.

¿Quién lo confrontó?

Dios.

Abraham estaba en medio de un mundo idólatra.

¿Quién lo llamó?

Dios.

Israel estaba esclavizado.

¿Quién escuchó su clamor?

Dios.

El ser humano estaba perdido.

¿Quién envió al Salvador?

Dios.

La gracia comienza en el corazón de Dios.

3. El amor que busca al que se esconde

Después de pecar, Adán y Eva se escondieron.

Dios preguntó:

"¿Dónde estás tú?"

Génesis 3:9.

Ya sabemos que Dios no preguntó porque ignorara la ubicación de Adán.

La pregunta era relacional.

El hombre había roto comunión.

Había desobedecido.

Había sentido vergüenza.

Había huido.

Y Dios llamó.

Esta escena contiene juicio, consecuencias y también una promesa de redención.

Dios no llamó bueno al pecado de Adán.

No dijo:

“No importa lo que hiciste”.

Hubo consecuencias reales.

Pero en medio del juicio apareció la esperanza de una descendencia que vencería a la serpiente.

Génesis 3:15.

Desde las primeras páginas de la Biblia vemos una verdad:

El amor de Dios no niega el pecado. Actúa para vencerlo.

4. Oseas y el amor que duele

Dios llamó al profeta Oseas a vivir una experiencia profundamente dolorosa que se convertiría en una imagen profética de la relación entre Dios e Israel.

El pueblo había sido infiel.

Había corrido detrás de otros dioses.

Había recibido bendiciones de Dios y las había usado para la idolatría.

Pero Dios continuaba llamándolo al arrepentimiento.

Oseas registra estas palabras:

“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor”.

Oseas 11:4.

Y más adelante:

“¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín?”

Oseas 11:8.

Estas palabras revelan algo del corazón de Dios.

La infidelidad humana no es presentada como un pequeño error administrativo.

Es una traición relacional.

El pecado hiere porque existe una relación de pacto.

Dios ama a su pueblo.

Y precisamente porque ama, llama al arrepentimiento.

5. El amor de Dios no es indiferencia moral

Imaginemos a un padre que ve a su hijo caminando hacia una carretera mientras se acerca un vehículo.

El padre tiene dos opciones.

Puede decir:

“Lo amo tanto que respetaré cualquier decisión que tome”.

O puede correr, gritar, detenerlo y sacarlo del peligro.

¿Cuál de las dos acciones es amor?

La segunda.

El amor verdadero interviene cuando el amado camina hacia la destrucción.

Por eso Dios corrige.

Hebreos dice:

“Porque el Señor al que ama, disciplina”.

Hebreos 12:6.

La disciplina de Dios no es evidencia de ausencia de amor.

Puede ser una expresión de su amor paternal.

El problema es que nosotros muchas veces queremos un amor que nos consuele sin corregirnos.

Pero Dios quiere nuestra transformación, no solamente nuestra comodidad.

6. Jesús y el joven rico

Un joven llegó corriendo a Jesús.

Tenía una pregunta importante:

“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”

Marcos 10:17.

Después de la conversación, Marcos registra un detalle hermoso:

“Entonces Jesús, mirándole, le amó”.

Marcos 10:21.

Jesús lo amó.

¿Y qué hizo después?

Lo confrontó.

Le mostró el ídolo de su corazón.

Le dijo una verdad difícil.

El joven se fue triste.

Jesús no cambió el mensaje para evitar que se fuera.

Esto nos enseña algo.

Podemos amar profundamente a alguien y decirle una verdad que no quiere escuchar.

Jesús miró al joven.

Lo amó.

Y lo confrontó.

El amor y la verdad no son enemigos.

En Dios caminan juntos.

7. El amor que se acerca al rechazado

Jesús entró en contacto con personas que la sociedad despreciaba.

Leprosos.

Publicanos.

Samaritanos.

Mujeres señaladas.

Personas enfermas.

Pecadores.

Pero debemos observar cuidadosamente cómo los amó.

No se acercó para confirmar que no necesitaban cambiar.

Se acercó para salvar.

Cuando Zaqueo tuvo un encuentro con Jesús, su vida cambió.

Cuando la mujer samaritana habló con Jesús, fue confrontada y recibió esperanza.

Cuando Jesús perdonó, también llamó a una nueva vida.

El amor de Cristo recibe al pecador, pero no hace pacto con la esclavitud que lo destruye.

8. El Padre que corrió hacia el hijo perdido

Jesús contó la historia de un hijo que pidió su herencia y se fue lejos.

Desperdició sus bienes.

Terminó en miseria.

Cuando volvió en sí, decidió regresar.

Lucas dice:

“Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió”.

Lucas 15:20.

El padre corrió.

Lo abrazó.

Lo besó.

Mandó traer vestido.

Anillo.

Calzado.

Preparó una celebración.

Esta parábola revela la alegría de Dios por el arrepentimiento del perdido.

Pero observe algo.

El padre no viajó al país lejano para financiar la rebelión del hijo.

Esperó su regreso.

Y cuando regresó, lo recibió con misericordia.

El amor de Dios no financia nuestra destrucción.

Nos llama a volver a casa.

9. El amor que entrega

El texto más conocido de la Biblia dice:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”.

Juan 3:16.

El amor de Dios dio.

No fue solamente una emoción celestial.

Actuó.

Se entregó.

Pagó un precio.

El amor bíblico tiene movimiento.

Dios amó y dio.

Cristo amó y se entregó.

Pablo escribió:

“El Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:20.

Cuando queremos saber cómo es el amor de Dios, debemos mirar la cruz.

10. La cruz es la medida del amor

Pablo escribió:

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Romanos 5:8.

No dice:

Cuando nos arreglamos.

Cuando dejamos de fallar.

Cuando merecimos una oportunidad.

Cuando demostramos que seríamos útiles.

Dice:

Siendo aún pecadores.

Cristo murió por nosotros.

La cruz destruye dos mentiras.

La primera:

“Soy demasiado bueno para necesitar salvación”.

La cruz responde:

Tu pecado fue tan grave que Cristo tuvo que morir.

La segunda:

“Soy demasiado malo para ser amado”.

La cruz responde:

Cristo murió por pecadores.

La cruz humilla al orgulloso y levanta al quebrantado.

11. El amor no elimina la justicia

En el capítulo anterior vimos que Dios es justo.

Ahora debemos evitar un error común.

No podemos colocar el amor de Dios contra su justicia.

Como si en Dios existieran dos personalidades luchando entre sí.

Una quiere perdonar.

La otra quiere castigar.

No.

Dios es perfectamente uno en su ser y carácter.

Su amor es justo.

Su justicia es santa.

Su misericordia es verdadera.

En la cruz no vemos a un Padre cruel obligando a un Hijo inocente y sin voluntad.

Vemos el propósito redentor del Dios trino.

Jesús dijo:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”.

Juan 10:18.

El Hijo se entregó voluntariamente.

La salvación nace del amor de Dios.

12. ¿Ama Dios a todo el mundo?

Esta pregunta requiere cuidado bíblico.

La Biblia habla del amor de Dios de diferentes maneras.

Dios muestra bondad común hacia toda la humanidad.

Jesús dijo que el Padre:

“Hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”.

Mateo 5:45.

Juan 3:16 habla del amor de Dios al mundo.

Al mismo tiempo, la Biblia habla de un amor particular de pacto hacia su pueblo.

Pablo dice:

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”.

Efesios 5:25.

No necesitamos enfrentar estos textos.

Debemos permitir que cada uno hable en su contexto.

Podemos anunciar sinceramente a toda persona:

Dios llama al arrepentimiento.

Cristo es suficiente Salvador.

El evangelio debe ser predicado a toda criatura.

Quien viene a Cristo no será rechazado.

13. El amor de Dios y nuestra identidad

Muchas personas buscan su valor en lugares inestables.

Aprobación.

Dinero.

Apariencia.

Seguidores.

Cargo.

Éxito.

Reconocimiento.

Pero todo eso puede desaparecer.

Si nuestra identidad depende del aplauso, viviremos esclavos del público.

Si depende del éxito, una derrota nos destruirá.

Si depende de la opinión de una persona, esa persona tendrá demasiado poder sobre nosotros.

El creyente necesita aprender a vivir desde el amor de Dios.

Juan escribió:

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”.

1 Juan 3:1.

Hijos.

No empleados intentando ganar un lugar en la casa.

No extraños tolerados.

Hijos.

14. El amor que expulsa el temor

Juan escribió:

“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor”.

1 Juan 4:18.

Este texto no significa que un creyente nunca sentirá miedo.

Habla del temor relacionado con el castigo y la relación con Dios.

En Cristo, el creyente ya no vive intentando escapar de un Dios impredecible.

Ha sido reconciliado.

Adoptado.

Perdonado.

Puede acercarse al Padre.

Esto cambia la oración.

Ya no oramos como esclavos intentando convencer a un amo cruel.

Oramos como hijos que se acercan al Padre por medio de Cristo.

15. Nada puede separarnos de su amor

Romanos 8 contiene una de las declaraciones más poderosas de la Escritura.

Pablo pregunta:

"¿Quién nos separará del amor de Cristo?"

Romanos 8:35.

Luego menciona:

Tribulación.

Angustia.

Persecución.

Hambre.

Desnudez.

Peligro.

Espada.

Y concluye:

“Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Romanos 8:38-39.

Observe algo.

Pablo no dice que quienes son amados por Dios nunca enfrentarán tribulación.

Dice que la tribulación no puede separarlos del amor de Cristo.

El amor de Dios no es una promesa de vida sin batalla.

Es una seguridad en medio de la batalla.

16. El amor y la guerra espiritual

Esta verdad es fundamental en la guerra espiritual.

El enemigo trabaja frecuentemente con acusación.

Apocalipsis lo llama:

“El acusador de nuestros hermanos”.

Apocalipsis 12:10.

Una de sus estrategias es intentar separar mental y emocionalmente al creyente de la seguridad que tiene en Cristo.

“Dios ya no te ama”.

“Fallaste demasiado”.

“No puedes volver”.

“Tu pasado te define”.

“Estás abandonado”.

Pero el creyente debe responder con el evangelio.

Nuestra seguridad no descansa en nuestra perfección.

Descansa en la obra de Cristo.

Esto no es permiso para pecar.

Es fundamento para levantarnos, arrepentirnos y continuar.

Pedro cayó.

Pero Cristo lo restauró.

17. El amor que corrige al ministro

Un líder también necesita ser amado mediante corrección.

A veces el éxito puede aislarnos.

Mientras más crece una obra, más peligro existe de rodearse solamente de personas que dicen sí.

Pero el amor verdadero también corrige.

Pablo confrontó a Pedro públicamente cuando su conducta afectaba la verdad del evangelio.

Gálatas 2.

Pedro era apóstol.

Había caminado con Jesús.

Había predicado en Pentecostés.

Pero todavía podía equivocarse.

Ningún cargo elimina nuestra necesidad de corrección.

Un ministerio sano necesita verdad.

No solamente admiración.

18. Amar no es controlar

Debemos decir algo importante.

El control no es amor.

Los celos enfermizos no son amor.

La manipulación no es amor.

Amenazar constantemente a una persona para mantenerla cerca no es amor.

Usar a Dios para dominar decisiones personales no es amor.

El amor bíblico:

“No busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor”.

1 Corintios 13:5.

Toda autoridad cristiana debe examinarse a la luz del amor.

Pastores.

Padres.

Esposos.

Líderes.

Maestros.

Capellanes.

Ministros.

No basta decir:

“Lo hago por amor”.

La conducta debe ser examinada por la Palabra.

19. El amor en la familia cristiana

La familia es uno de los primeros lugares donde la doctrina del amor debe convertirse en práctica.

Es fácil hablar del amor de Dios desde una plataforma.

Es más difícil vivir paciencia en casa.

Escuchar.

Pedir perdón.

Servir.

Cumplir la palabra.

Corregir sin humillar.

Disciplinar sin destruir.

Perdonar sin manipular.

Pablo dijo a los esposos:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia”.

Efesios 5:25.

La medida es alta.

Cristo se entregó.

El amor cristiano no pregunta solamente:

“¿Qué recibo?”

Pregunta:

¿Cómo puedo servir para el bien del otro delante de Dios?

20. El amor en la Iglesia

Jesús dijo:

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”.

Juan 13:35.

No dijo que el mundo reconocería a sus discípulos solamente por edificios.

Ni por títulos.

Ni por conferencias.

Ni por publicaciones.

Ni por números.

El amor entre los creyentes es testimonio.

Pero no un amor sentimental.

Es el amor que soporta.

Perdona.

Sirve.

Dice la verdad.

Lleva cargas.

Corrige con mansedumbre.

Restaura.

Protege al vulnerable.

Celebra el crecimiento del otro.

No compite por protagonismo.

Una Iglesia doctrinalmente correcta pero llena de odio contradice con su conducta la doctrina que afirma defender.

21. Amar a los enemigos

Aquí el cristianismo llega a uno de sus puntos más radicales.

Jesús dijo:

“Amad a vuestros enemigos”.

Mateo 5:44.

Esto no significa aprobar el mal.

No significa permanecer en peligro.

No significa eliminar la justicia.

Significa negarnos a convertirnos en aquello que nos hirió.

Orar.

Renunciar a la venganza personal.

Desear arrepentimiento y salvación.

Jesús, en la cruz, oró:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Lucas 23:34.

Esteban, mientras era apedreado, oró por quienes lo mataban.

Ese amor no es natural.

Necesita la obra del Espíritu Santo.

22. El amor sin verdad puede destruir

Imaginemos un médico que encuentra una enfermedad grave.

Pero piensa:

“No quiero preocupar al paciente. Lo amo demasiado para darle una noticia incómoda”.

Entonces guarda silencio.

¿Eso es amor?

No.

La verdad puede doler.

Pero una mentira agradable puede matar.

De la misma manera, la Iglesia no ama al mundo cuando esconde el evangelio para evitar incomodidad.

Debemos hablar con gracia.

Con respeto.

Con compasión.

Pero debemos hablar verdad.

Pablo dice:

“Siguiendo la verdad en amor”.

Efesios 4:15.

Verdad sin amor puede convertirse en crueldad.

Amor sin verdad puede convertirse en engaño.

En Cristo vemos gracia y verdad.

23. El amor que nos mueve a evangelizar

¿Por qué predicamos el evangelio?

No para ganar discusiones.

No para demostrar superioridad.

No para aumentar estadísticas.

Predicamos porque Cristo nos amó y porque las personas necesitan reconciliación con Dios.

Pablo dijo:

“Porque el amor de Cristo nos constriñe”.

2 Corintios 5:14.

Nos impulsa.

Nos mueve.

Nos empuja.

Una Iglesia que comprende el amor de Dios no puede permanecer indiferente ante los perdidos.

El amor sale.

Busca.

Predica.

Sirve.

Envía.

Forma.

Traduce.

Escribe.

Cruza fronteras.

Utiliza herramientas nuevas.

Hace todo lo legítimamente posible para que más personas escuchen de Cristo.

24. Podemos trabajar mucho y perder el primer amor

La iglesia de Éfeso tenía muchas cualidades.

Trabajaba.

Tenía paciencia.

Discernía el error.

Había perseverado.

Pero Jesús dijo:

“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”.

Apocalipsis 2:4.

Esto debe hacernos pensar.

Podemos tener actividad y perder amor.

Podemos defender doctrina y perder amor.

Podemos producir mucho y perder amor.

Podemos estar ocupados en cosas para Dios y alejarnos del corazón de Dios.

La solución no era abandonar la doctrina.

Era volver.

Recordar.

Arrepentirse.

Hacer las primeras obras.

La productividad nunca debe reemplazar la comunión con Cristo.

25. El amor de Dios nos enseña a permanecer

Jesús dijo:

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor”.

Juan 15:9.

Permanecer.

Esa palabra es importante.

El amor de Dios no debe ser solamente una doctrina que estudiamos una vez.

Debe convertirse en el ambiente espiritual desde donde vivimos.

Servimos porque somos amados.

Obedecemos porque amamos.

Perdonamos porque fuimos perdonados.

Damos porque recibimos.

Buscamos al perdido porque Cristo nos buscó.

Nos levantamos porque la gracia nos sostiene.

El amor de Dios no nos hace pasivos.

Nos transforma.

REFLEXIÓN FINAL

Dios es amor.

Pero su amor es mucho más grande que una emoción.

Es eterno.

Existía antes de la creación.

Es santo.

No coopera con el pecado.

Es verdadero.

No miente para hacernos sentir cómodos.

Es sacrificial.

Se manifestó en la cruz.

Es paternal.

Corrige.

Es misericordioso.

Recibe al arrepentido.

Es misionero.

Busca al perdido.

Es perseverante.

Sostiene a los suyos.

Y cuando contemplamos ese amor, algo debe ocurrir dentro de nosotros.

Juan escribió:

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”.

1 Juan 4:19.

Todo comienza allí.

Él amó primero.

Antes de que lo buscáramos.

Antes de que pudiéramos ofrecerle algo.

Antes de que entendiéramos completamente su gracia.

Él amó.

Y en Cristo abrió el camino de regreso al Padre.

Oremos:

Padre, gracias porque tu amor no nació de mis méritos.
Tú me amaste primero.
Perdóname por las veces que he confundido amor con aprobación del pecado, y por las veces que he hablado verdad sin amor.
Enséñame a amar como Cristo.
A servir sin manipular.
A corregir sin destruir.
A perdonar sin llamar bueno a lo malo.
A anunciar el evangelio con compasión y valentía.
Líbrame de buscar mi valor en la aprobación humana.
Que mi identidad descanse en Cristo y que tu amor me impulse a buscar a los perdidos, formar discípulos y servir a esta

generación.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo entraremos en uno de los misterios más profundos y hermosos de la fe cristiana.

No creemos en tres dioses.

Creemos en un solo Dios.

Y, sin embargo, las Escrituras revelan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

No se trata de una contradicción.

Tampoco de tres nombres para una sola persona que cambia de apariencia.

Entraremos con humildad, reverencia y fidelidad bíblica en la doctrina que está en el corazón mismo de la fe cristiana.

CAPÍTULO 8

UN SOLO DIOS: PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO

El misterio que no inventamos

Hay verdades que podemos explicar con cierta facilidad.

Dios creó.

Dios ama.

Dios juzga.

Dios salva.

Pero hay otras verdades delante de las cuales debemos quitarnos las sandalias del orgullo intelectual y acercarnos con reverencia.

La doctrina de la Trinidad es una de ellas.

No creemos en tres dioses.

No creemos en un Dios solitario que simplemente se disfraza de tres maneras diferentes.

No creemos que el Padre sea el Hijo.

No creemos que el Hijo sea el Espíritu Santo.

No creemos que el Espíritu Santo sea una fuerza impersonal.

Creemos lo que la Escritura nos revela:

Hay un solo Dios verdadero.

Y ese único Dios existe eternamente como **Padre, Hijo y Espíritu Santo**.

No lo inventamos.

No lo habríamos imaginado.

No lo descubrimos por filosofía humana.

Lo recibimos porque Dios se ha revelado así.

1. La Biblia afirma que hay un solo Dios

Israel recibió una confesión fundamental:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

Deuteronomio 6:4.

La fe bíblica no permite adorar muchos dioses.

No hay un dios para la lluvia, otro para la guerra, otro para la fertilidad y otro para la salud.

No.

Hay un solo Dios.

Isaías declara:

“Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí”.

Isaías 45:5.

Esto es claro.

El cristianismo no abandona el monoteísmo bíblico.

No creemos en tres dioses cooperando.

Creemos en un solo Dios.

2. El Padre es Dios

La Escritura revela al Padre como Dios.

Jesús enseñó a orar:

“Padre nuestro que estás en los cielos”.

Mateo 6:9.

Pablo escribió:

“Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre”.

1 Corintios 8:6.

El Padre crea, envía, ama, gobierna, adopta y recibe adoración.

No hay duda: el Padre es Dios.

Pero la revelación no termina allí.

3. El Hijo es Dios

Juan comienza su Evangelio diciendo:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Luego dice:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

El Verbo es Jesucristo.

Juan no presenta a Jesús como una criatura exaltada.

Lo presenta como eterno, distinto del Padre y verdaderamente Dios.

Tomás, al ver al Cristo resucitado, declaró:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Jesús no lo corrigió.

El Hijo es Dios.

4. El Espíritu Santo es Dios

El Espíritu Santo no es una energía.

No es una emoción.

No es simplemente poder.

Es una persona divina.

En Hechos 5, Pedro confronta a Ananías y le dice:

“¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?”

Luego añade:

“No has mentido a los hombres, sino a Dios”.

Hechos 5:3-4.

Mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios.

El Espíritu habla.

Guía.

Convence.

Intercede.

Reparte dones.

Puede ser entristecido.

El Espíritu Santo es Dios.

5. Las tres personas aparecen juntas

Cuando Jesús fue bautizado, vemos una escena extraordinaria.

El Hijo está en el agua.

El Espíritu desciende como paloma.

La voz del Padre viene del cielo:

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Mateo 3:17.

No es una sola persona cambiando de máscara.

El Padre habla.

El Hijo es bautizado.

El Espíritu desciende.

También en la Gran Comisión Jesús manda bautizar:

“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

Mateo 28:19.

Un solo nombre.

Tres personas.

La doctrina de la Trinidad nace de leer toda la Escritura con fidelidad.

6. No es contradicción, es misterio revelado

Una contradicción sería decir:

Dios es un solo Dios y tres dioses al mismo tiempo y en el mismo sentido.

Eso no creemos.

Creemos que Dios es uno en esencia y tres en personas.

No son tres esencias divinas.

No son tres dioses.

Tampoco es una sola persona con tres nombres.

El Padre no es el Hijo.

El Hijo no es el Espíritu.

El Espíritu no es el Padre.

Y, sin embargo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios.

Nuestra mente finita no puede agotar este misterio.

Pero puede confesar fielmente lo que Dios reveló.

7. Errores que debemos evitar

Hay errores antiguos que todavía aparecen con nombres nuevos.

Uno dice que Jesús fue creado y no es verdaderamente Dios.

Eso destruye el evangelio.

Otro dice que Padre, Hijo y Espíritu son solo formas temporales de una misma persona.

Eso niega las relaciones reales reveladas en la Escritura.

Otro trata al Espíritu Santo como fuerza impersonal.

Eso empobrece la vida cristiana.

La Iglesia debe estar alerta.

No toda enseñanza que menciona a Jesús es bíblica.

No toda doctrina que usa la palabra Dios honra al Dios revelado.

La verdad importa.

8. La Trinidad y la salvación

La salvación es obra del Dios trino.

El Padre envía al Hijo.

El Hijo se entrega por nuestros pecados.

El Espíritu Santo aplica la obra de Cristo, nos convence, regenera, habita en nosotros y nos santifica.

Pedro escribe a los creyentes:

“Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”.

1 Pedro 1:2.

Padre.

Espíritu.

Jesucristo.

La salvación no es una obra aislada.

Es obra del Dios trino.

9. La Trinidad y la oración

La oración cristiana también tiene una forma trinitaria.

Oramos al Padre.

Por medio del Hijo.

En el Espíritu Santo.

Pablo dice:

“Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Efesios 2:18.

No venimos al Padre por nuestros méritos.

Venimos por Cristo.

Y el Espíritu nos ayuda.

Romanos dice:

“El Espíritu mismo intercede por nosotros”.

Romanos 8:26.

La Trinidad no es teoría distante.

Está en el centro de nuestra comunión con Dios.

10. La Trinidad y la adoración

Si el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, entonces nuestra adoración debe ser plenamente bíblica.

Adoramos al Padre.

Honramos al Hijo.

Dependemos del Espíritu.

La adoración cristiana no puede reducir a Jesús a maestro moral.

No puede tratar al Espíritu como ambiente emocional.

No puede hablar del Padre como una fuerza impersonal.

Adoramos al Dios vivo revelado en las Escrituras.

11. La Trinidad y el amor eterno

Antes de la creación, Dios no era soledad vacía.

Jesús dijo al Padre:

“Me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Juan 17:24.

El amor no comenzó cuando el hombre fue creado.

El amor existía eternamente en Dios.

Esto nos ayuda a comprender por qué la frase “Dios es amor” no significa que Dios necesitaba crearnos para poder amar.

El amor pertenece eternamente a la vida del Dios trino.

12. La Trinidad y la unidad de la Iglesia

Jesús oró por sus discípulos:

“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti”.

Juan 17:21.

La unidad de la Iglesia no es uniformidad humana.

Tiene su modelo en la comunión del Padre y del Hijo.

El Dios trino nos enseña que unidad y distinción no son enemigos.

En la Iglesia hay diferentes dones, funciones, historias y llamados.

Pero un solo Señor.

Un solo Espíritu.

Un solo cuerpo.

REFLEXIÓN FINAL

La Trinidad no es un adorno doctrinal.

Es el corazón de la fe cristiana.

Si negamos la Trinidad, cambiamos el Dios de la Biblia por otro dios.

El Padre es Dios.

El Hijo es Dios.

El Espíritu Santo es Dios.

Y hay un solo Dios.

No lo comprendemos exhaustivamente.

Pero lo confesamos con reverencia.

Nos postramos ante el misterio revelado.

Y adoramos al Dios que nadie inventó.

Oremos:

Padre, gracias por revelarte.
Señor Jesucristo, gracias por venir a salvarnos.
Espíritu Santo, gracias por habitar en nosotros y guiarnos a la verdad.
Líbranos de errores que distorsionan tu naturaleza.
Enséñanos a adorar con reverencia, a creer con fidelidad y a

vivir bajo la comunión del Dios trino.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 9

EL DIOS SOBERANO: CUANDO EL TRONO NUNCA ESTÁ VACÍO

Cuando todo parece fuera de control

Hay momentos en la vida en que miramos alrededor y parece que nadie está gobernando.

Las noticias hablan de guerras.

La economía cambia.

Las familias se rompen.

Los gobiernos toman decisiones injustas.

La enfermedad llega sin pedir permiso.

Un plan que parecía seguro se cae.

Una puerta se cierra.

Una persona traiciona.

Una crisis aparece.

Y entonces el corazón pregunta:

¿Está Dios realmente en control?

La Biblia responde con una verdad firme:

El trono nunca está vacío.

Dios no está intentando recuperar autoridad.

No está corriendo detrás de la historia.

No está improvisando soluciones.

No está esperando a ver qué harán los hombres para entonces reaccionar.

Dios reina.

Siempre ha reinado.

Y seguirá reinando.

1. Dios reina sobre todo

El salmista declaró:

“Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos”.

Salmo 103:19.

No dice sobre algunas cosas.

Dice:

sobre todos.

Sobre naciones.

Sobre reyes.

Sobre tiempos.

Sobre procesos.

Sobre puertas abiertas.

Sobre puertas cerradas.

Sobre lo visible.

Sobre lo invisible.

Sobre lo que entendemos.

Sobre lo que todavía no entendemos.

La soberanía de Dios significa que Él gobierna con autoridad suprema sobre toda la creación.

Nada está fuera de su dominio.

2. Nabucodonosor aprendió quién gobierna

Nabucodonosor se llenó de orgullo.

Miró Babilonia y dijo:

"¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué?"

Daniel 4:30.

Pero Dios lo humilló.

Después declaró:

“Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra”.

Daniel 4:35.

El rey más poderoso tuvo que reconocer que había un Rey por encima de él.

Los gobernantes humanos reciben autoridad temporal.

Dios tiene autoridad eterna.

3. La soberanía de Dios y la responsabilidad humana

La Biblia enseña que Dios es soberano.

También enseña que el ser humano es responsable.

No debemos negar una verdad para proteger la otra.

José dijo a sus hermanos:

“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien”.

Génesis 50:20.

Ellos fueron responsables de su maldad.

Pero Dios gobernó incluso sobre aquello para cumplir un propósito mayor.

Esta verdad es profunda.

No convierte a Dios en autor del pecado.

Pero sí afirma que el pecado humano no puede derrotar el propósito divino.

4. La cruz: el mayor ejemplo de soberanía

La cruz parecía la victoria de los enemigos de Jesús.

Pero Pedro predicó:

“A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis”.

Hechos 2:23.

Los hombres fueron culpables.

Dios estaba cumpliendo su plan.

La mayor injusticia humana se convirtió en el centro de la redención.

Si Dios gobernó sobre la cruz, también puede gobernar sobre nuestras crisis.

5. La soberanía no elimina el dolor

Creer que Dios es soberano no significa que todo dejará de doler.

José lloró.

David sufrió.

Jeremías lamentó.

Pablo fue perseguido.

Jesús lloró ante la tumba de Lázaro.

La soberanía de Dios no nos convierte en personas sin lágrimas.

Nos da fundamento en medio de ellas.

Podemos llorar sin desesperarnos.

Podemos sufrir sin creer que Dios perdió el control.

Podemos esperar aunque todavía no entendamos.

6. La soberanía y la oración

Algunos preguntan:

“Si Dios es soberano, ¿para qué orar?”

La respuesta es sencilla:

Porque el Dios soberano también ordenó que oremos.

La oración no compite con la soberanía de Dios.

Forma parte de la manera en que Dios obra.

Jesús oró.

Los apóstoles oraron.

La Iglesia primitiva oró.

Pablo pidió oración.

Oramos no porque Dios sea débil, sino porque nosotros dependemos de Él.

7. La soberanía y la misión

La soberanía de Dios no apaga la evangelización.

La enciende.

Jesús dijo:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id”.

Mateo 28:18-19.

Primero autoridad.

Luego misión.

Vamos porque Cristo reina.

Predicamos porque el Rey nos envió.

Discipulamos porque su autoridad está sobre las naciones.

La soberanía no produce pasividad.

Produce valentía.

8. Cuando Dios cierra una puerta

A veces confundimos una puerta cerrada con fracaso.

Pero puede ser dirección.

Pablo quiso ir a ciertos lugares, pero el Espíritu Santo no se lo permitió.

Hechos 16 muestra que una puerta cerrada llevó a otra dirección.

Y el evangelio llegó a Macedonia.

Dios puede cerrar una puerta no para detenernos, sino para enviarnos correctamente.

El problema es que muchas veces adoramos la puerta y olvidamos al Señor de la puerta.

9. Cuando no entendemos el proceso

Hay procesos que solo se entienden después.

José no entendía todo en el pozo.

No entendía todo en la cárcel.

Pero más tarde pudo mirar atrás y decir:

“Dios lo encaminó a bien”.

Génesis 50:20.

Hay temporadas que no se explican en medio del dolor.

Se entienden mirando hacia atrás.

Y algunas quizá solo las entenderemos en la eternidad.

Mientras tanto, confiamos.

10. La soberanía y el descanso

Si Dios gobierna, no tengo que controlar todo.

Puedo trabajar con responsabilidad.

Puedo planificar con sabiduría.

Puedo actuar con diligencia.

Pero no tengo que vivir destruido por la ansiedad.

El Salmo dice:

“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”.

Salmo 46:10.

Quietud no es pasividad.

Es confianza.

Es dejar de pelear por ocupar el trono que solo le pertenece a Dios.

11. La soberanía y la humildad

La soberanía de Dios humilla al orgulloso.

Nada tenemos que no hayamos recibido.

Nuestro talento viene de Dios.

Nuestra oportunidad viene de Dios.

Nuestra vida viene de Dios.

Nuestro llamado viene de Dios.

Nuestro ministerio pertenece a Dios.

Pablo preguntó:

"¿Qué tienes que no hayas recibido?"

1 Corintios 4:7.

Esa pregunta destruye la jactancia.

12. El trono y el Cordero

Apocalipsis nos muestra una imagen poderosa.

Hay un trono.

Y en medio del trono está el Cordero.

La historia no termina con el caos.

Termina con adoración.

Los reinos humanos pasan.

El Reino de Dios permanece.

Por eso la Iglesia puede resistir.

Porque su esperanza no descansa en gobiernos humanos, sistemas económicos o circunstancias temporales.

Descansa en el Dios que reina.

REFLEXIÓN FINAL

El trono nunca está vacío.

Aunque la tierra tiemble.

Aunque las naciones se agiten.

Aunque los hombres se levanten con orgullo.

Aunque las puertas se cierren.

Aunque no entendamos el proceso.

Dios reina.

Su soberanía no elimina nuestra responsabilidad.

No elimina la oración.

No elimina la misión.

No elimina el dolor.

Pero nos da fundamento para vivir, servir, esperar y obedecer.

Oremos:

Señor soberano, reconozco que tú gobiernas.
Perdóname por las veces que he querido controlar lo que solo tú puedes sostener.
Enséñame a trabajar con diligencia, orar con fe, obedecer con valentía y descansar en tu gobierno.
Cuando no entienda el proceso, ayúdame a confiar en tu carácter.
Que mi vida, mi familia, mi ministerio y mi futuro estén rendidos bajo tu trono.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 10

EL DIOS FIEL: CUANDO SUS PROMESAS NO FALLAN

La espera que parecía demasiado larga

Abraham había recibido una promesa.

Dios le había hablado.

Le había dicho que tendría descendencia.

Le había mostrado las estrellas y le había dicho:

“Así será tu descendencia”.

Génesis 15:5.

La promesa era clara.

El problema era el tiempo.

Pasaron los años.

Abraham envejeció.

Sara envejeció.

El cuerpo comenzó a decir una cosa mientras la promesa de Dios decía otra.

Y allí apareció una de las pruebas más difíciles de la fe:

¿Qué hacemos cuando Dios ha hablado, pero todavía no vemos el cumplimiento?

Es relativamente fácil confiar cuando la respuesta llega rápidamente.

Oramos hoy.

La puerta se abre mañana.

Pedimos.

Recibimos.

Esperamos poco.

Celebramos pronto.

Pero ¿qué ocurre cuando pasan meses?

¿Y cuando pasan años?

¿Qué ocurre cuando las circunstancias parecen alejarse cada vez más de aquello que Dios prometió?

Abraham y Sara conocieron esa tensión.

Incluso intentaron ayudar a Dios.

Sara propuso una solución humana.

Agar entró en la historia.

Nació Ismael.

Y aquella decisión produjo dolor.

La espera había creado una tentación:

fabricar con fuerzas humanas lo que solamente Dios podía cumplir por su poder.

Pero Dios no había olvidado.

El tiempo había pasado para Abraham.

No para Dios.

La capacidad humana había llegado al límite.

La fidelidad divina no.

Y finalmente nació Isaac.

Entonces Sara dijo:

“Dios me ha hecho reír”.

Génesis 21:6.

La promesa había esperado.

Pero no había muerto.

Porque quien la había dado era fiel.

1. ¿Qué significa que Dios es fiel?

Cuando decimos que Dios es fiel, afirmamos que Él es completamente confiable.

Dios no miente.

No engaña.

No olvida.

No promete algo que después descubre que no puede cumplir.

No cambia de carácter.

No abandona su propósito por cansancio.

No firma un pacto para después buscar una excusa para romperlo.

La fidelidad de Dios está unida a todo lo que ya hemos estudiado.

Porque Dios es omnisciente, nunca promete ignorando el futuro.

Porque es todopoderoso, tiene poder para cumplir lo que determina.

Porque es santo, no puede mentir.

Porque es justo, actúa rectamente.

Porque es soberano, ningún poder puede frustrar su propósito final.

Por eso su fidelidad no es una cualidad aislada.

Es la expresión constante de quien Él es.

Moisés declaró:

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel”.

Deuteronomio 7:9.

No solamente hace cosas fieles.

Es Dios fiel.

2. Nosotros cambiamos; Dios permanece

Hay días en que nos sentimos fuertes.

Otros días no.

Hay temporadas en las que nuestra fe parece firme.

Y otras en las que luchamos con preguntas.

Nuestras emociones cambian.

Nuestro nivel de energía cambia.

Nuestra comprensión cambia.

Pero Dios no depende de nuestras fluctuaciones emocionales para continuar siendo fiel.

Pablo escribió:

“Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo”.

2 Timoteo 2:13.

Este texto no debe usarse como permiso para vivir en desobediencia.

El contexto contiene advertencias serias.

Pero revela una verdad fundamental:

Dios no puede dejar de ser quien es.

Su fidelidad pertenece a su naturaleza.

Nosotros podemos fallar.

Él permanece siendo Dios.

3. No todas nuestras expectativas son promesas de Dios

Aquí necesitamos hacer una distinción muy importante.

A veces decimos:

“Dios me prometió”.

Pero debemos preguntarnos:

¿Realmente lo prometió Dios?

Una cosa es una promesa bíblica.

Otra cosa es un deseo personal.

Otra es una impresión.

Otra es una interpretación.

Otra es algo que alguien nos dijo.

No podemos responsabilizar a Dios por palabras que Él nunca habló.

Esto ha producido muchas heridas espirituales.

Alguien dice:

“Dios me dijo que esta persona se casaría conmigo”.

La persona se casa con alguien más.

Entonces concluye:

“Dios me falló”.

Pero ¿fue Dios quien lo dijo?

Alguien afirma:

“Dios me prometió que este negocio sería exitoso”.

El negocio fracasa.

Entonces acusa a Dios.

Pero debemos examinar con humildad nuestras afirmaciones.

La fidelidad de Dios no significa que Dios esté obligado a cumplir todas nuestras expectativas.

Significa que Dios es fiel a su Palabra, a su carácter y a sus propósitos.

4. La fidelidad de Dios atraviesa generaciones

Dios hizo promesas a Abraham.

Luego habló a Isaac.

Después a Jacob.

Pasaron generaciones.

Israel llegó a Egipto.

Luego vino esclavitud.

Años de sufrimiento.

Pero Éxodo dice:

“Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob”.

Éxodo 2:24.

Cuando la Biblia dice que Dios se acordó, no significa que había olvidado y de repente recordó.

Es lenguaje que indica que Dios actuó conforme a su pacto.

El pueblo podía pensar:

“Han pasado demasiados años”.

Pero Dios seguía siendo fiel.

Esto debe enseñarnos algo.

Nosotros pensamos en décadas.

Dios trabaja a través de generaciones.

Una oración que usted hace hoy puede producir fruto después.

Una semilla sembrada en un hijo puede florecer años más tarde.

Un libro puede seguir enseñando cuando su autor ya no esté.

Una iglesia puede formar a alguien que después alcance otra nación.

No debemos medir la fidelidad de Dios solamente por resultados inmediatos.

5. Josué miró hacia atrás

Después de años de caminar, luchar y ver la mano de Dios, Josué hizo una declaración:

“No ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas”.

Josué 23:14.

Qué testimonio.

Josué había vivido suficiente tiempo para mirar hacia atrás.

Había conocido el desierto.

Había visto el Jordán.

Había enfrentado batallas.

Había experimentado victorias y dificultades.

Y al final podía decir:

No faltó una palabra.

Hay cosas que solamente podemos decir después de caminar.

La persona joven en la fe conoce la fidelidad de Dios por la Escritura.

La persona que ha caminado muchos años puede también mirar hacia atrás y decir:

“Yo he visto su fidelidad”.

6. Samuel y la piedra llamada Eben-ezer

Israel había vivido derrotas.

Había pecado.

Había sufrido las consecuencias de alejarse de Dios.

Pero llegó un momento de arrepentimiento y restauración.

Después de una victoria, Samuel tomó una piedra y la llamó Eben-ezer, diciendo:

“Hasta aquí nos ayudó Jehová”.

1 Samuel 7:12.

Hasta aquí.

Es una expresión hermosa.

No significa que nunca hubo problemas.

Significa que en medio de todo, Dios los había sostenido.

Cada creyente debería tener momentos de Eben-ezer.

Momentos para detenerse y recordar.

Hasta aquí Dios me sostuvo.

Hasta aquí me dio fuerzas.

Hasta aquí abrió camino.

Hasta aquí me corrigió.

Hasta aquí me perdonó.

Hasta aquí me levantó.

Hasta aquí me protegió de cosas que incluso yo no comprendía.

Recordar la fidelidad pasada fortalece la fe para enfrentar el futuro.

7. El peligro de olvidar

Israel tenía un problema recurrente.

Olvidaba.

Veía un milagro.

Celebraba.

Luego aparecía un nuevo problema.

Y actuaba como si Dios nunca hubiera hecho nada.

El mar se abrió.

Después faltó agua.

Y el pueblo murmuró.

Llegó provisión.

Después apareció otra dificultad.

Y volvieron a dudar.

Nosotros podemos hacer lo mismo.

Dios responde una oración.

Celebramos.

Pasan seis meses.

Llega otra crisis.

Y decimos:

“Dios me abandonó”.

Por eso la Biblia constantemente llama a recordar.

Recuerda de dónde te sacó.

Recuerda su Palabra.

Recuerda sus obras.

Recuerda su pacto.

La memoria espiritual es una herramienta contra la desesperación.

8. Jeremías encontró fidelidad en medio de ruinas

Jeremías vio una ciudad destruida.

Vio dolor.

Vio consecuencias del pecado nacional.

El libro de Lamentaciones contiene palabras profundamente dolorosas.

Pero en medio del lamento aparece una declaración luminosa:

“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias”.

Y continúa:

“Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”.

Lamentaciones 3:22-23.

Observe dónde fue escrita esta declaración.

No en una fiesta.

No después de una gran victoria militar.

En medio de ruinas.

Esto nos enseña algo fundamental.

La fidelidad de Dios no se mide solamente por la comodidad de nuestras circunstancias.

Jeremías podía llorar y, al mismo tiempo, confesar:

Grande es tu fidelidad.

La fe madura puede lamentar sin negar el carácter de Dios.

9. Dios es fiel también cuando corrige

A veces pensamos que la fidelidad de Dios significa que nunca permitirá consecuencias dolorosas.

Pero un padre fiel también corrige.

Israel experimentó disciplina precisamente porque Dios tomaba en serio su pacto.

Dios no es fiel a nuestras comodidades.

Es fiel a su carácter y a su propósito de formar un pueblo santo.

El salmista dijo:

“Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste”.

Salmo 119:75.

Esa frase puede sorprendernos.

Conforme a tu fidelidad.

Hay correcciones que son expresiones de fidelidad.

Dios no nos ama demasiado poco para dejarnos sin tratar.

Nos ama demasiado para abandonarnos a aquello que nos destruye.

10. Pedro descubrió que Cristo había orado por él

La noche antes de la crucifixión, Jesús dijo a Pedro:

“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”.

Lucas 22:31.

Luego añadió:

“Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte”.

Lucas 22:32.

Pedro iba a caer.

Jesús lo sabía.

Pedro iba a negar.

Jesús lo sabía.

Pero Cristo también veía más allá de la caída.

Le dijo:

“Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”.

Lucas 22:32.

Pedro todavía no había caído y Jesús ya estaba hablando de su restauración.

Esto es fidelidad.

No una fidelidad que aprueba el pecado.

Sino una fidelidad que restaura al arrepentido.

Pedro negó a Jesús.

Lloró amargamente.

Pero su historia no terminó junto al fuego donde negó.

Después hubo otro fuego.

Otra conversación.

Otra oportunidad.

Jesús le preguntó:

“¿Me amas?”

Juan 21:17.

Y luego volvió a darle responsabilidad.

“Apacienta mis ovejas”.

La caída no fue el último capítulo.

11. La fidelidad de Dios en nuestras tentaciones

Pablo escribió:

“Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir”.

1 Corintios 10:13.

Este texto no dice que la tentación no será real.

No dice que el creyente nunca tendrá una batalla intensa.

Dice que Dios es fiel.

Y que junto con la tentación dará también la salida.

Esto significa que no podemos decir:

“No tenía ninguna opción”.

En Cristo y por la obra del Espíritu, existe camino de obediencia.

Puede requerir huir como José.

Puede requerir confesar.

Puede requerir pedir ayuda.

Puede requerir cortar una relación peligrosa.

Puede requerir cambiar hábitos.

Puede requerir cerrar accesos.

Pero Dios es fiel.

12. La fidelidad de Dios y la confesión

Juan escribió:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

1 Juan 1:9.

Observe las palabras.

Fiel.

Y justo.

El perdón cristiano no descansa en que Dios tenga un momento emocional de compasión y decida ignorar la justicia.

Descansa en la obra de Cristo.

Cuando confesamos y venimos a Dios por medio de Cristo, encontramos perdón y limpieza.

No necesitamos esconder.

No necesitamos justificar.

No necesitamos culpar a otros.

Podemos confesar.

Dios es fiel.

13. La fidelidad de Dios en el ministerio

Todo ministro atraviesa temporadas diferentes.

Hay momentos de crecimiento.

Y momentos de aparente lentitud.

Hay puertas abiertas.

Y puertas cerradas.

Hay personas que permanecen.

Y personas que se van.

Hay proyectos que prosperan.

Y otros que deben ser corregidos.

Si el ministro mide la fidelidad de Dios solamente por números, puede perder estabilidad.

Dios sigue siendo fiel cuando una multitud escucha.

Y sigue siendo fiel cuando debemos discipular a uno.

Felipe dejó un escenario de gran movimiento en Samaria para ir a un camino desierto.

Hechos 8.

Allí encontró a un hombre.

Un etíope.

Una conversación.

Una conversión.

Y el evangelio siguió avanzando.

La fidelidad no siempre se mide por tamaño.

Se mide por obediencia.

14. El éxito visible no es la única evidencia de fidelidad

Jeremías predicó durante años.

No siempre vio una respuesta masiva.

No tuvo el tipo de ministerio que hoy algunos llamarían exitoso.

Pero fue fiel.

Noé predicó y construyó.

La respuesta de su generación no fue un gran avivamiento.

Pero obedeció.

Jesús tuvo multitudes.

Y también hubo un momento cuando muchos dejaron de seguirlo.

Juan 6:66.

El número cambió.

La verdad no.

Debemos tener cuidado con una teología que interpreta cada crecimiento como aprobación divina y cada dificultad como fracaso.

La pregunta principal es:

¿Estamos siendo fieles a lo que Dios nos llamó a hacer?

15. Dios termina lo que comienza

Pablo escribió a los filipenses:

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Filipenses 1:6.

Dios comienza.

Dios trabaja.

Dios perfecciona.

La vida cristiana es un proceso.

No somos transformados completamente en un día.

Hay áreas que Dios trata.

Hábitos que cambia.

Heridas que sana.

Motivaciones que purifica.

Carácter que forma.

El proceso puede ser más largo de lo que quisiéramos.

Pero Dios no abandona su obra.

Esto no produce pasividad.

Nos llama a cooperar en obediencia con la obra del Espíritu.

Pero nuestra esperanza final no descansa en nuestra capacidad de perfeccionarnos a nosotros mismos.

Descansa en la gracia de Dios.

16. El que prometió es fiel

Hebreos dice:

“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”.

Hebreos 10:23.

¿Por qué podemos mantenernos firmes?

No porque nosotros seamos emocionalmente fuertes todos los días.

Sino porque fiel es el que prometió.

Nuestra esperanza tiene un objeto.

No confiamos en la confianza.

Confiamos en Dios.

No tenemos fe en la fe.

Tenemos fe en Aquel que es fiel.

La fuerza de una promesa depende del carácter de quien la hace.

Y quien ha prometido es Dios.

17. La fidelidad de Dios y la familia

Los padres necesitan comprender esta verdad.

No podemos controlar completamente el futuro de nuestros hijos.

Podemos enseñar.

Corregir.

Amar.

Orar.

Dar ejemplo.

Discipular.

Pero llega un momento en que cada persona debe responder delante de Dios.

Esto puede producir ansiedad.

Pero debemos aprender a confiar.

La fidelidad de Dios no significa que podemos ser negligentes.

Significa que, después de hacer nuestra parte con obediencia, podemos entregar a nuestros hijos en oración al Señor.

Mónica oró durante años por Agustín de Hipona, quien más tarde se convertiría en una figura importante en la historia cristiana.

Hay oraciones que atraviesan años.

No abandone fácilmente la intercesión.

18. La fidelidad de Dios y las naciones

Los imperios aparecen y desaparecen.

Egipto fue poderoso.

Babilonia fue poderosa.

Persia.

Grecia.

Roma.

Todos tuvieron su tiempo.

Pero el propósito de Dios continuó.

Los gobiernos cambian.

Las fronteras cambian.

Los sistemas políticos cambian.

Pero la Palabra de Dios permanece.

Jesús dijo:

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Mateo 24:35.

La Iglesia no debe colocar su esperanza final en un gobierno humano.

Debe orar por las autoridades.

Debe actuar responsablemente.

Debe hacer bien.

Debe buscar justicia.

Pero su esperanza está en Cristo.

Los gobiernos pasan.

Cristo permanece.

19. La fidelidad y la guerra espiritual

En medio de la batalla espiritual, el creyente necesita recordar que Dios es fiel.

El enemigo utiliza mentira.

Acusación.

Temor.

Confusión.

Desánimo.

Una estrategia frecuente es intentar convencer al creyente de que Dios lo abandonó.

Pero Pablo escribió:

“Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal”.

2 Tesalonicenses 3:3.

Nuestra seguridad no está en gritar más fuerte.

Está en permanecer en Cristo.

Vestir la armadura de Dios.

Caminar en verdad.

Vivir en justicia.

Ejercer fe.

Permanecer en la Palabra.

Orar.

Resistir.

La fidelidad de Dios no elimina la batalla.

Nos sostiene dentro de ella.

20. Dios no ha terminado con nosotros

Quizás alguien mira su vida y piensa:

“Perdí demasiado tiempo”.

“Cometí demasiados errores”.

“Ya es demasiado tarde”.

“Mi mejor etapa pasó”.

Pero mientras Dios nos conceda vida, debemos preguntar:

¿Qué quiere Dios que haga con el tiempo que tengo ahora?

Moisés comenzó una nueva etapa de su misión a una edad en que muchos pensarían en retirarse.

Caleb, a los ochenta y cinco años, todavía decía:

“Dame, pues, ahora este monte”.

Josué 14:12.

La fidelidad de Dios no significa que todos tendremos la misma historia.

Significa que nuestra vida puede seguir siendo útil mientras permanezcamos disponibles a su voluntad.

No viva mirando solamente lo que perdió.

Pregunte qué puede hacer con lo que Dios ha puesto hoy en sus manos.

21. La fidelidad de Dios no depende de nuestra velocidad

Vivimos en una época acelerada.

Queremos resultados rápidos.

Cursos rápidos.

Respuestas rápidas.

Crecimiento rápido.

Producción rápida.

Y las herramientas modernas pueden ser extraordinariamente útiles.

Debemos aprovecharlas con sabiduría.

Pero el carácter no se descarga.

La madurez no se instala en un minuto.

El discipulado necesita proceso.

La formación de un líder requiere tiempo.

La fidelidad se demuestra caminando.

Jesús podía predicar a multitudes.

Pero también pasó años formando discípulos.

No confundamos velocidad de producción con profundidad de formación.

Podemos avanzar rápido en herramientas.

Pero debemos caminar profundamente con Dios.

22. La fidelidad hasta la muerte

La Iglesia de Esmirna recibió una palabra:

“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”.

Apocalipsis 2:10.

No dice:

Sé famoso.

Sé reconocido.

Sé el más grande.

Dice:

Sé fiel.

Al final, esa será una de las grandes preguntas.

¿Fuimos fieles?

¿Guardamos la fe?

¿Terminamos la carrera?

¿Hicimos lo que Dios nos llamó a hacer?

Pablo, acercándose al final de su vida, dijo:

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”.

2 Timoteo 4:7.

Qué manera de terminar.

No perfecto.

Pero fiel.

Sostenido por la gracia de un Dios fiel.

23. Cristo es el sí de las promesas de Dios

Pablo escribió:

“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén”.

2 Corintios 1:20.

La fidelidad de Dios encuentra su centro en Cristo.

Dios prometió redención.

Cristo vino.

Prometió victoria sobre la serpiente.

Cristo venció.

Prometió un Rey.

Cristo reina.

Prometió salvación.

Cristo murió y resucitó.

Prometió su Espíritu.

El Espíritu fue derramado.

Prometió que Cristo volverá.

Y esperamos.

¿Por qué esperamos?

Porque el Dios que cumplió sus promesas en el pasado sigue siendo fiel.

24. La última promesa

La Biblia termina con una promesa.

Jesús dice:

“Ciertamente vengo en breve”.

Apocalipsis 22:20.

Y la Iglesia responde:

“Amén; sí, ven, Señor Jesús”.

La historia cristiana vive entre una obra cumplida y una promesa esperada.

Cristo vino.

Cristo murió.

Cristo resucitó.

Cristo ascendió.

El Espíritu Santo fue derramado.

El evangelio está siendo predicado.

Y Cristo volverá.

La espera puede parecer larga desde nuestra perspectiva.

Pero Dios no ha olvidado.

El mismo Dios que fue fiel a Abraham.

A Isaac.

A Jacob.

A José.

A Moisés.

A David.

A los profetas.

A los apóstoles.

A la Iglesia perseguida.

A generaciones de creyentes.

Sigue siendo fiel hoy.

Y será fiel mañana.

REFLEXIÓN FINAL

Tal vez usted ha esperado.

Tal vez lleva tiempo orando.

Tal vez atravesó una temporada que no esperaba.

Tal vez una persona le falló y ahora le cuesta confiar.

Tal vez mira hacia el futuro y no sabe qué ocurrirá.

Recuerde esto:

La fidelidad de Dios no depende de la fidelidad humana.

Los hombres pueden cambiar.

Dios permanece.

Las circunstancias pueden cambiar.

Dios permanece.

Las emociones pueden cambiar.

Dios permanece.

Las generaciones pasan.

Dios permanece.

Sus promesas no envejecen.

Su carácter no se desgasta.

Su poder no disminuye.

Su sabiduría no falla.

Su amor no se corrompe.

Su trono no queda vacío.

Y su propósito no puede ser derrotado.

Quizás hoy usted no puede decir:

“Entiendo todo”.

Pero puede decir:

“Hasta aquí me ayudó Jehová”.

Puede levantar su propio Eben-ezer.

Mirar hacia atrás.

Recordar.

Y luego mirar hacia adelante.

No porque conozca todo lo que viene.

Sino porque conoce al Dios que estará allí.

Oremos:

Dios fiel, gracias porque tú no cambias.
Gracias porque tus promesas no dependen de mis emociones.
Perdóname por las veces que he confundido mis expectativas con tu Palabra.
Enséñame a esperar sin fabricar soluciones fuera de tu voluntad.
Ayúdame a recordar lo que has hecho y a confiar en lo que todavía harás.
Cuando esté cansado, sostenme.
Cuando sea tentado, muéstrame la salida.
Cuando falle, llévame al arrepentimiento verdadero.
Cuando tenga éxito, guárdame del orgullo.
Y cuando llegue al final de mi carrera, permíteme decir, por tu gracia: he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.
Hazme fiel porque tú eres fiel.
En el nombre de Jesús. Amén.

CONCLUSIÓN

DESPUÉS DE CONOCERLO, NO PODEMOS SEGUIR VIVIENDO IGUAL

Llegamos al final de este recorrido.

Pero conocer a Dios nunca debería terminar en la última página de un libro.

Ahora hemos contemplado al Dios eterno.

Al Dios que existe por sí mismo.

Al Dios presente.

Al Dios que conoce todas las cosas.

Al Dios todopoderoso.

Al Dios santo.

Al Dios justo.

Al Dios que es amor.

Al único Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Al Dios soberano.

Al Dios fiel.

Y ahora aparece la pregunta más importante:

¿Qué haremos con lo que hemos conocido?

Porque la doctrina verdadera exige respuesta.

Si Dios es eterno, nuestra vida breve debe ser vivida con propósito.

Si Dios está presente, debemos vivir con integridad en lo secreto.

Si Dios conoce todo, no necesitamos fingir.

Si Dios es todopoderoso, podemos depender de Él.

Si Dios es santo, no podemos hacer amistad con aquello que Él llama pecado.

Si Dios es justo, debemos actuar justamente.

Si Dios es amor, debemos amar.

Si Dios es trino, debemos adorar al Padre, por medio del Hijo, en la comunión del Espíritu Santo.

Si Dios es soberano, podemos obedecer sin vivir dominados por la ansiedad.

Y si Dios es fiel, podemos permanecer hasta el final.

La meta de la teología no es solamente llenar la mente.

Es llevar toda la vida delante de Dios.

Jeremías lo expresó así:

“Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme”.

Jeremías 9:24.

Ese es el verdadero privilegio.

Conocerlo.

No inventarlo.

No reducirlo.

No adaptarlo a nuestros deseos.

Conocer al Dios que se ha revelado.

Y cuanto más lo conocemos, más comprendemos que todavía hay profundidad.

Todavía hay gloria.

Todavía hay razones para adorarlo.

Todavía hay áreas de nuestra vida que deben rendirse.

Todavía hay naciones que necesitan escuchar.

Todavía hay discípulos que deben ser formados.

Todavía hay una generación que necesita conocer al Dios verdadero.

El mundo no necesita otro dios fabricado a imagen del ser humano.

Necesita escuchar acerca del Dios que nadie inventó.

El Dios vivo.

El Dios santo.

El Dios que salva.

El Dios revelado en Jesucristo.

Y ahora nos corresponde conocerlo, adorarlo, obedecerlo y anunciarlo.

A Él sea la gloria por los siglos. Amén.

EPÍLOGO

CONOCER A DIOS ES EL PRINCIPIO DE TODO

Una persona puede pasar muchos años dentro de una iglesia y todavía tener una visión pequeña de Dios.

Puede conocer canciones.

Puede conocer costumbres.

Puede conocer programas.

Puede conocer predicadores.

Puede conocer términos teológicos.

Puede incluso enseñar a otros.

Y, sin embargo, la gran pregunta permanece:

¿Conoce realmente al Dios de quien habla?

Esta pregunta no es nueva.

Jesús habló con personas que conocían las Escrituras, pero que no reconocieron a Aquel de quien las Escrituras daban testimonio.

Habían estudiado.

Habían memorizado.

Habían discutido.

Pero cuando Dios se acercó a ellos en la persona de Jesucristo, muchos no lo reconocieron.

Por eso debemos comprender algo:

Es posible tener información acerca de Dios sin caminar verdaderamente con Dios.

La doctrina es indispensable.

La verdad importa.

La enseñanza correcta protege.

Pero el propósito final de la doctrina bíblica no es producir personas orgullosas de cuánto saben.

Es conducirnos a conocer, amar, adorar y obedecer al Dios verdadero.

Cuando Job pasó de escuchar a contemplar

Job conocía a Dios.

Era un hombre temeroso.

Pero después de atravesar su proceso hizo una declaración extraordinaria:

“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven”.

Job 42:5.

Job no estaba diciendo que antes era completamente incrédulo.

Estaba reconociendo que su conocimiento había sido profundizado.

Hay cosas que aprendemos estudiando.

Y hay cosas que comprendemos de una manera más profunda cuando caminamos con Dios en medio del proceso.

Leemos que Dios es fiel.

Después atravesamos una crisis y experimentamos su fidelidad.

Leemos que Dios sostiene.

Después llega un día en que nuestras fuerzas se terminan y descubrimos que su gracia continúa.

Leemos que Dios es soberano.

Después una puerta se cierra y, años más tarde, comprendemos que aquella puerta cerrada nos llevó hacia otro camino.

Leemos que Dios consuela.

Después lloramos.

Y descubrimos que su presencia también entra en habitaciones donde nadie más sabe qué decir.

La verdad estudiada comienza a convertirse en verdad vivida.

No estudie a Dios como quien estudia un objeto

Existe un peligro en la teología.

Podemos comenzar a hablar de Dios como si Él fuera un objeto colocado sobre una mesa para ser analizado.

Definimos.

Clasificamos.

Organizamos.

Discutimos.

Y todo eso puede ser útil.

Pero nunca debemos olvidar:

Dios no está sobre nuestra mesa. Nosotros estamos delante de su trono.

Él es el Creador.

Nosotros somos criaturas.

Él es eterno.

Nosotros aparecimos en el tiempo.

Él conoce todas las cosas.

Nosotros estamos aprendiendo.

Él es santo.

Nosotros necesitamos gracia.

Él es soberano.

Nosotros dependemos de Él.

La buena teología siempre debe producir humildad.

Si estudiar acerca de Dios nos hace arrogantes, algo salió mal.

Pablo escribió:

“El conocimiento envanece, pero el amor edifica”.

1 Corintios 8:1.

Pablo no estaba atacando el conocimiento.

Estaba confrontando el conocimiento sin amor.

La verdad debe bajar de la mente al corazón.

Y del corazón debe llegar a la conducta.

El Dios que conocemos es el Dios que anunciaremos

Aquí hay una verdad importante para todo evangelista, pastor, maestro, misionero, capellán y líder cristiano:

Nunca presentaremos correctamente a un Dios que conocemos incorrectamente.

Si pensamos que Dios es solamente un juez enojado, presentaremos un mensaje sin gracia.

Si pensamos que Dios es solamente amor sentimental, presentaremos un evangelio sin arrepentimiento.

Si olvidamos su santidad, trataremos el pecado con ligereza.

Si olvidamos su justicia, podremos tolerar abusos.

Si olvidamos su soberanía, viviremos ansiosos.

Si olvidamos su poder, dependeremos de técnicas humanas.

Si olvidamos su fidelidad, abandonaremos cuando el proceso se haga largo.

Por eso la doctrina importa.

No estudiamos doctrina para ganar discusiones.

Estudiamos para conocer correctamente a Dios y representarlo fielmente delante de esta generación.

Una generación necesita conocer quién es Dios

Vivimos en una época llena de información.

Nunca había sido tan fácil acceder a contenido.

En segundos una persona puede escuchar una predicación desde otro continente.

Puede leer una Biblia en su teléfono.

Puede estudiar un idioma.

Puede tomar un curso.

Puede publicar un mensaje que llegue a miles de personas.

Las herramientas son extraordinarias.

Pero una generación con mucha información puede continuar profundamente confundida acerca de Dios.

Por eso la tarea sigue siendo urgente.

Debemos enseñar.

Debemos escribir.

Debemos predicar.

Debemos formar.

Debemos discipular.

Debemos evangelizar.

Debemos utilizar responsablemente todas las herramientas disponibles.

Pero debemos asegurarnos de que en el centro permanezca Cristo.

No estamos construyendo un monumento al conocimiento humano.

Estamos formando personas que conozcan al Señor.

El peligro de trabajar para Dios y alejarnos de Dios

Marta recibió a Jesús en su casa.

Estaba ocupada sirviendo.

María estaba sentada a los pies del Señor, escuchando su palabra.

Marta se preocupó y se quejó.

Jesús le dijo:

“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas”.

Lucas 10:41.

El problema no era servir.

Servir es bueno.

El problema era estar tan ocupada que había perdido el centro.

Esto también puede ocurrir en el ministerio.

Podemos preparar sermones sin permitir que la Palabra primero nos examine.

Podemos escribir sobre oración y orar poco.

Podemos enseñar acerca de la presencia de Dios y vivir acelerados.

Podemos organizar actividades para otros y descuidar nuestra propia comunión con Cristo.

Podemos construir una obra y perder el altar.

Nunca debemos permitir que el trabajo para Dios reemplace nuestra relación con Dios.

Moisés quería más que resultados

Moisés había visto milagros extraordinarios.

Las plagas de Egipto.

El mar abierto.

La provisión.

La nube.

El fuego.

Pero llegó un momento en que pidió algo más profundo:

“Te ruego que me muestres tu gloria”.

Éxodo 33:18.

Moisés no estaba satisfecho solamente con ver lo que Dios hacía.

Quería conocer más de Dios mismo.

Esa debe ser nuestra hambre.

No solamente:

“Señor, dame”.

Sino:

“Señor, quiero conocerte”.

No solamente:

“Abre la puerta”.

Sino:

“Muéstrame tu camino”.

No solamente:

“Dame poder”.

Sino:

“Forma tu carácter en mí”.

No solamente:

“Haz crecer la obra”.

Sino:

“Que yo nunca me aleje de ti mientras la obra crece”.

Pablo todavía quería conocerlo

Pocas personas conocieron a Cristo como Pablo.

Había tenido un encuentro con el Señor resucitado.

Había recibido revelación.

Había predicado.

Había plantado iglesias.

Había sufrido por el evangelio.

Y, sin embargo, escribió:

“A fin de conocerle”.

Filipenses 3:10.

Eso es extraordinario.

Después de años caminando con Cristo, Pablo todavía decía:

Quiero conocerle.

La persona que verdaderamente comienza a conocer a Dios no dice:

“Ya terminé”.

Dice:

“Quiero más profundidad”.

No más novedad por curiosidad.

Más profundidad en Cristo.

Más obediencia.

Más semejanza a Él.

Más comunión.

Más comprensión de su Palabra.

Más fidelidad.

La doctrina debe llegar a las calles

Conocer a Dios debe transformar la manera en que tratamos a las personas.

Si creemos que Dios es justo, debemos rechazar la injusticia.

Si creemos que Dios es misericordioso, debemos aprender misericordia.

Si creemos que Dios es fiel, nuestra palabra debe tener valor.

Si creemos que Dios es santo, nuestra vida secreta importa.

Si creemos que Dios es amor, no podemos vivir alimentando odio.

Si creemos que Dios busca al perdido, no podemos permanecer encerrados solamente entre creyentes.

La doctrina debe caminar.

Debe entrar en las casas.

En las cárceles.

En los hospitales.

En las calles.

En los centros de recuperación.

En las familias.

En las universidades.

En las redes digitales.

En las naciones.

En cada lugar donde haya una persona que necesite conocer a Cristo.

No conocemos a Dios para quedarnos callados

Los primeros discípulos dijeron:

“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”.

Hechos 4:20.

Cuando una persona ha conocido verdaderamente la gracia de Dios, nace un testimonio.

No todos predicarán desde un púlpito.

Pero todos pueden ser testigos.

Una conversación.

Una oración.

Un libro.

Una enseñanza.

Una visita.

Una llamada.

Un mensaje.

Una clase.

Un acto de misericordia acompañado de la verdad del evangelio.

Dios puede utilizar medios diferentes.

La misión continúa siendo la misma:

hacer discípulos de todas las naciones.

El conocimiento más importante

Al final de nuestra vida, muchas cosas perderán importancia.

Los reconocimientos quedarán atrás.

Las posiciones terminarán.

Los títulos no entrarán con nosotros en la eternidad.

Las posesiones pasarán a otras manos.

Los edificios permanecerán aquí.

Pero conocer a Cristo tiene valor eterno.

Jesús oró:

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

Juan 17:3.

Esta es la meta.

Conocerlo.

Y ayudar a otros a conocerlo.

UNA ÚLTIMA PALABRA AL LECTOR

Tal vez usted comenzó este libro con preguntas.

Tal vez conocía muchas de estas doctrinas.

Tal vez algunas verdades fueron nuevas.

Tal vez otras corrigieron ideas que había tenido durante años.

Ahora no cierre este libro simplemente diciendo:

“Aprendí algo”.

Haga una pregunta más profunda:

¿Qué debe cambiar en mi vida después de conocer mejor quién es Dios?

Quizás necesita arrepentirse.

Quizás necesita perdonar.

Quizás necesita abandonar una práctica oculta.

Quizás necesita regresar a la oración.

Quizás necesita comenzar a estudiar seriamente la Palabra.

Quizás necesita reconciliarse con alguien.

Quizás necesita responder a un llamado que ha estado postergando.

Quizás necesita volver al primer amor.

Quizás necesita dejar de huir.

No permita que la verdad quede solamente escrita en páginas.

Permita que entre en su vida.

Porque después de conocer al Dios verdadero, no podemos seguir viviendo de la misma manera.

ORACIÓN FINAL

Dios eterno, santo, justo, amoroso, soberano y fiel:

Gracias por revelarte.

Reconozco que nunca podré comprender completamente la grandeza de tu ser, pero quiero conocerte cada día más.

Guárdame de una fe superficial.

Guárdame de conocer palabras acerca de ti mientras mi corazón se aleja de tu presencia.

Haz que la verdad transforme mi carácter.

Que tu santidad transforme mi conducta.

Que tu amor transforme mis relaciones.

Que tu justicia transforme mis decisiones.

Que tu soberanía destruya mi ansiedad.

Que tu poder me enseñe dependencia.

Que tu fidelidad me ayude a permanecer hasta el final.

Padre, quiero conocerte.

Señor Jesucristo, quiero seguirte.

Espíritu Santo, quiero caminar bajo tu dirección.

Usa mi vida.

Usa mis palabras.

Usa mis manos.

Usa mis recursos.

Usa el tiempo que me queda.

Y permite que, cuando termine mi carrera, otras personas conozcan a Cristo porque un día decidí obedecerte.

Todo para la gloria de Jesucristo.

Amén.

RECOMENDACIÓN PARA CONTINUAR LA FORMACIÓN

Este libro ha presentado una verdad fundamental: **antes de intentar comprender la obra de Dios, necesitamos conocer al Dios que obra**.

Pero este es solamente el comienzo del camino doctrinal.

El estudiante debe continuar avanzando de manera progresiva y ordenada en el conocimiento de la fe cristiana: la persona y obra de Jesucristo, el Espíritu Santo, la humanidad y el pecado, la salvación, la Iglesia, los acontecimientos futuros y la esperanza eterna del creyente.

La formación bíblica no termina con un libro.

Continúa.

Profundiza.

Forma carácter.

Corrige errores.

Fortalece convicciones.

Y prepara al creyente para servir con fidelidad.

La invitación es sencilla:

Siga estudiando.

Siga creciendo.

Siga conociendo a Dios.

Y use todo lo aprendido para llevar a otros a Jesucristo.

CIERRE EDITORIAL DEL LIBRO 2

Serie

Fundamentos de la Doctrina Cristiana

Libro 2

El Dios que Nadie Inventó

Subtítulo

Su naturaleza, sus atributos y su gobierno soberano

Área doctrinal

Teología propia: la doctrina de Dios

Propósito central

Llevar al lector a conocer al Dios revelado en las Escrituras: eterno, presente, omnisciente, todopoderoso, santo, justo, amoroso, trino, soberano y fiel.

Próximo libro de la serie

LIBRO 3

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Padre, Hijo y Espíritu Santo: un solo Dios eternamente revelado

Este será el siguiente paso lógico, porque en el Libro 2 tocamos la Trinidad de manera introductoria, pero el Libro 3 debe desarrollarla completa: base bíblica, errores históricos, relación entre las personas divinas, obra del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santo, y aplicación para la adoración, la oración, la salvación y la vida cristiana.



Contacto:

www.cristolibera.org

BIOGRAFÍA INSTITUCIONAL DEL FUNDADOR

Roger D. Muñoz es fundador del Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI) y del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en **Seattle, Washington, Estados Unidos**.

Su labor ministerial está enfocada en la formación **doctrinal sólida**, la capacitación en liderazgo espiritual y el establecimiento **de ministros** con fundamento bíblico firme y estructura ministerial clara.

Bajo su dirección, el ministerio ha desarrollado una estructura internacional activa en màs de **30 naciones**, con programas de formación presencial y una **Escuela de Guerra Espiritual** online de alcance global. Mensualmente, miles de estudiantes reciben capacitación bíblica estructurada a través de sus plataformas educativas.

El **CLGTI nace** como una respuesta estratégica a la necesidad de formación teológica formal con estándares académicos definidos, **integrando enscñanza doctrinal**, evaluación estructurada y certificación oficial emitida desde Estados Unidos.

Su enfoque no es producir información, sino formar lideres preparados para servir con autoridad bíblica, madurez espiritual y responsabilidad ministerial en el contexto contemporáneo.

Desde Seattle, Washington, hacia las naciones.

Comparte este libro

Un recurso gratuito para leer, estudiar y compartir.

Puedes enviar este PDF completo a tus familiares, amistades, contactos y congregación. Conserva la autoría y los créditos de la obra al compartirlo.

Este material puede utilizarse como apoyo para el estudio personal y en grupos. Lee los pasajes bíblicos en su contexto y pon en práctica lo aprendido.

La biblioteca gratuita ofrece recursos de apoyo del Ministerio Cristo Libera. Las clases, las escuelas y los diplomados continúan su labor formativa.

Libros y recursos: www.cristolibera.org/libros

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Roger D. Muñoz · Director Fundador · Editorial Cristo Libera